

Alexander Search



DE LA DICTADURA Á LA REPÚBLICA

(La vida política en Portugal)

rch

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS POR ESTA CASA

Pasados por agua.—Una peseta.

Rebaño de almas.—Una peseta.

La Duma.—Una peseta.

LUIS MOROTE

De la Dictadura
á la República

(LA VIDA POLITICA EN PORTUGAL)



F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle del Palomar, 10. — VALENCIA

La crisis de una nación

El dictador, loco

I

Había llegado yo á Oporto desde Salamanca en el tren de la tarde, y por pronto que quise bajar al comedor del Grand Hotel, después de haberme limpiado el polvo del camino, ya todo el mundo abandonaba las mesas, ya todo el mundo acababa de comer. Entre los pocos rezagados, merced á los cuales mi soledad no era completa, veíanse en una mesa, al otro extremo del salón, dos caballeros y una dama. La dama, muy distinguida, elegante y bella, hablaba con gran animación, y el caballero que se sentaba á su izquierda, tal vez marido, levantábase de vez en cuando y mostrando con el índice la página de un folleto, hacía que el otro, el sentado á la derecha, leyese un párrafo, se fijase, al parecer, en una demostración, en un dato...

La distancia á que yo me encontraba de aquellos mis vecinos de comedor, me impedía saber de qué trataban con tanto calor, con gestos tan por-

tugueses, por no decir tan españoles. Únicamente llegaban hasta mí sus palabras sueltas, que no eran para orientarme mucho. Mi interés iba en aumento y estaba pendiente de aquel grupo y de aquella conversación de sobremesa cuyo sentido no podía penetrar. En uno de los momentos llegué á percibir claramente estas palabras, que pronunciaba la dama:

—En el acto de la vista se probará que el presidente está loco y que no es posible condenar á nadie como criminal por diagnosticar una locura. Es su derecho y también su obligación cívica ante el país...

Y el que yo había diputado desde el primer momento como marido de la dama, un tipo bien portugués, con la cara muy rasurada y un bigote negro y una cabellera negra, también ensortijada y alborotada, decía á veces:

—Todo el mundo lo sabe, es un *doido*...

El otro interlocutor, al que demandaban su criterio y su juicio y al que designaban como doctor á cada instante, limitábase á sonreír, á aprobar con ligeras inclinaciones de cabeza. Era, físicamente, todo lo contrario de su compañero de mesa. Dijérase que era un alemán que estaba de paso en Oporto y al que consultaban sobre una enfermedad de familia, sobre un caso interesante y delicado. Rubio, con la barba que resultaba más rubia por contraste con el color moreno de la hermosa señora y de su acompañante, con lentes de oro que denotaban su miopía, la miopía que parece acompañar inseparablemente á los sabios, á los grandes trabajadores... Por ese afán de descubrir por los rasgos fisiognómicos y por los caracteres físicos el alma de personas que uno no conoce, yo me había forjado toda una historia...

Ya no oía más que palabras sueltas sin ilación ninguna, que acrecentaban mis cavilaciones, empeñado como estaba en descifrar el sentido de aquella charla animadísima. «Dolicocéfalo.» «Sí, señor, dolicocéfalo.» «Asimetría facial.» «Las mandíbulas de fiera.» «¿Y la herencia?» «Traidor á la patria y juzgado como tal.» «De accesos epilépticos, que le han llevado en ocasiones á la tentativa de homicidio, sin causa ninguna, por motivos pueriles.» «Hay que internarle en un manicomio.» «Los sucesos del 18 de Junio.» «Su cuestión con el juez Mattos.» «Los juramentos por la *sua palavra de honra*.» Y todas esas frases, que para mí resultaban verdaderas logomaquias, entrecortadas con nombres propios de personas conocidas é ilustres: Alfonso Costa, França Borges, Fuschini, Bernardino Machado...

II

Me quedé enteramente solo en el comedor. Se fueron la linda dama y los dos caballeros, el portugués y el que yo me empeñaba en que era un alemán.

—¿Vuestra excelencia quiere café?—me preguntó obsequiosamente el camarero.

—No; voy á tomarlo fuera. Dígame: ¿dónde se reúnen aquí las personas notables del partido republicano, Guerra Junqueiro y sus amigos?

—Guerra Junqueiro no sale de casa por la noche, y además no está en Oporto...

—¿Y Alfonso Costa?

—Se ha ido á Lisboa...

—¿Y Bruno Sempaio?

—Tampoco creo que sale por la noche...

Recorri las redacciones de varios periódicos de Oporto: *El 1.º de Janeiro*, *A Voz Pública*... Desde *A Voz Pública* telefonearon á un café de la rua de Don Pedro ó de la plaza de Don Pedro, no estoy muy seguro.

—¿Están Alfredo Magalhaes y Duarte Leite?— preguntó mi colega al redactor de *A Voz* Lopes Teixeira.—Están...

Entramos en el café-cervecería, con más trazas de cervecería inglesa ó alemana que de café. Presentaciones mutuas, apretones de manos, llamadas al mozo para que trajera sendos bocks.

—Alfredo Magalhaes, *lente* da Escola Médica de Porto...

—Arthur Leitao, médico de Lisboa...

Eran los mismos del comedor del Grand Hotel: Alfredo Magalhaes, catedrático de Histología, el que yo me figuraba que era alemán por su barba rubia y sus lentes de oro; Arthur Leitao, el de los bigotes negros y la cabellera negra ensortijada y alborotada... La que no estaba era la dama del Hotel... Les conté que ya les conocía, que había sorprendido á trechos su conversación, y me explicaron el para mí intrincado enigma. Me lo explicaron poniéndome delante de mí vista Alfredo Magalhaes un folleto que decía así en su cubierta con gruesos caracteres:

«Arthur Leitao.—Médico pela Universidade.»

«UN CASO DE LOCURA EPILÉPTICA.»

Y luego una dedicatoria muy sentida y elocuente al doctor António Augusto Cerqueira en Coimbra y á los periodistas Antonio França Borges y Joao Pinheiro Chagas, víctimas los tres de la dictadura franquista. Por el tono de la dedicatoria-

prólogo, aquello más que un estudio científico olía á la legua á *pamphlet* político violento y agresivo contra el actual presidente del Consejo de ministros.

Pero no, me equivocaba, pues al seguir leyendo, oí que se trataba en realidad de la monografía escrita por un mentalista experto acerca de un caso clínico bien caracterizado y bien documentado. «*Historia*—dice después del prólogo el autor del folleto—*de Joao Ferreira Franco Pinto Castello Branco, de 52 annos de idade, natural do Alcaide, filho de Frederico Ferreira Franco e Luiza Franco, presidente del Conselho do ministros e ministro do Reino.*»

El folleto es la colección de los artículos publicados en *O Mundo*, de Lisboa, por el doctor Arthur Leitao estudiando en forma científica, rigurosamente científica, el caso clínico del dictador. Y ciertamente que no es el menor de los motivos de la suspensión por un mes del periódico popularísimo de França Borges, el haber insertado esa historia de un epiléptico, historia escrita como si su autor dictaminase acerca de un enfermo que le ha llevado la familia para ver de curarle ó para determinarse con gran dolor de su alma é internarlo en una casa de salud. Ni una sola violencia de lenguaje, ni un sólo ataque de partidario, de enemigo político. El relato frío, escueto, en términos técnicos, de *un caso* en cuya apreciación sólo se pone el calor de un médico que está convencido de la necesidad de la reclusión del alienado para evitar mayores daños á los suyos, á los que viven con él vida de familia constante y permanente.

Se entra en materia en seguida sin ningún preámbulo en la forma acostumbrada de dictamen pericial, emitido á instancias de los interesados,

comenzando por el principio obligado en tales casos, por los «antecedentes hereditarios» del enfermo. Es claro que si Arthur Leitao no fuera político, no fuera republicano, probablemente no se hubiera tomado el trabajo de redactar semejante informe. Allá la familia del supuesto ó del verdadero enfermo se las arreglara como pudiera con el *doido* pacífico ó peligroso. Además, tratándose de un ciudadano cualquiera, cuyos actos no están sujetos á la inspección universal de las gentes, que ocurre entre las cuatro paredes de su casa, y que por lo regular no trascienden á la calle, porque en este género de enfermedades en que el doliente razona y obra como un ser cabal lo más del año no son fáciles de descubrir, y mucho menos de estudiar, la abstención del médico está justificada. Por lo común, cuando el alienista interviene, la cosa ya no tiene remedio, porque las manifestaciones del delirio son patentes á todo el mundo. Las diferentes clase de *paranoias*—la persecutoria, la megalomanía, etc.—suelen pasar como rarezas, como extravagancias, como chifladuras, hasta que viene el estallido formidable, impetuoso, que se lleva en horas toda la lucidez de que se dió pruebas en años de calma y de quietud.

El caso no es el mismo. Arthur Leitao si cree en conciencia, realmente, que se trata de una epilepsia manifiesta, la cual puede originar serios males á su país, porque el epiléptico es jefe del gobierno, y suprimidas las Cortes, muda la prensa, prohibidos los derechos de reunión y de manifestación, en plena dictadura, él es señor y amo de vidas, de libertades, de haciendas, está en su derecho, yerre ó no, á denunciar sus temores ó sus convencimientos á la conciencia pública. Si se equivoca sufrirá la pena correspondiente á la gra-

ve injuria y además padecerá hondamente en su crédito profesional, en su prestigio de médico; si acierta, habrá sido un patriota... En ambos términos del dilema se le debe dejar que ofrezca la prueba, y la prueba está en la *observación* del supuesto ó del verdadero doliente...

III

Yo no tomo partido, yo expongo el contenido del folleto, porque la vista de esta causa sensacional está señalada para el día 17—, el miércoles, en Lisboa, ante el tribunal correccional—, y la índole del agraviado y del agraviador suscita, como es lógico, el interés pasional, emocionante de Portugal entero. A la sala de Justicia acudirá seguramente un gentio inmenso. No es el proceso de Leitao, puede ser el proceso de un modo de gobierno, de un régimen. Y expongo, siguiendo al médico:

«Antecedentes hereditarios de Su Excelencia Joao Franco.

»El padre, un degenerado con tendencias criminosas, un avaro.

»El abuelo paterno, un misántropo, un melancólico, avariento, muy conocido por sus ideas extravagantes.

»La madre era una histérica y desequilibrada que murió loca, en Lisboa, donde fué cuidada por varios médicos.

»Los hermanos de la madre, tios del observado, fueron tres, y todos anormales.

»Uno de ellos fué acusado de tentativa de en-

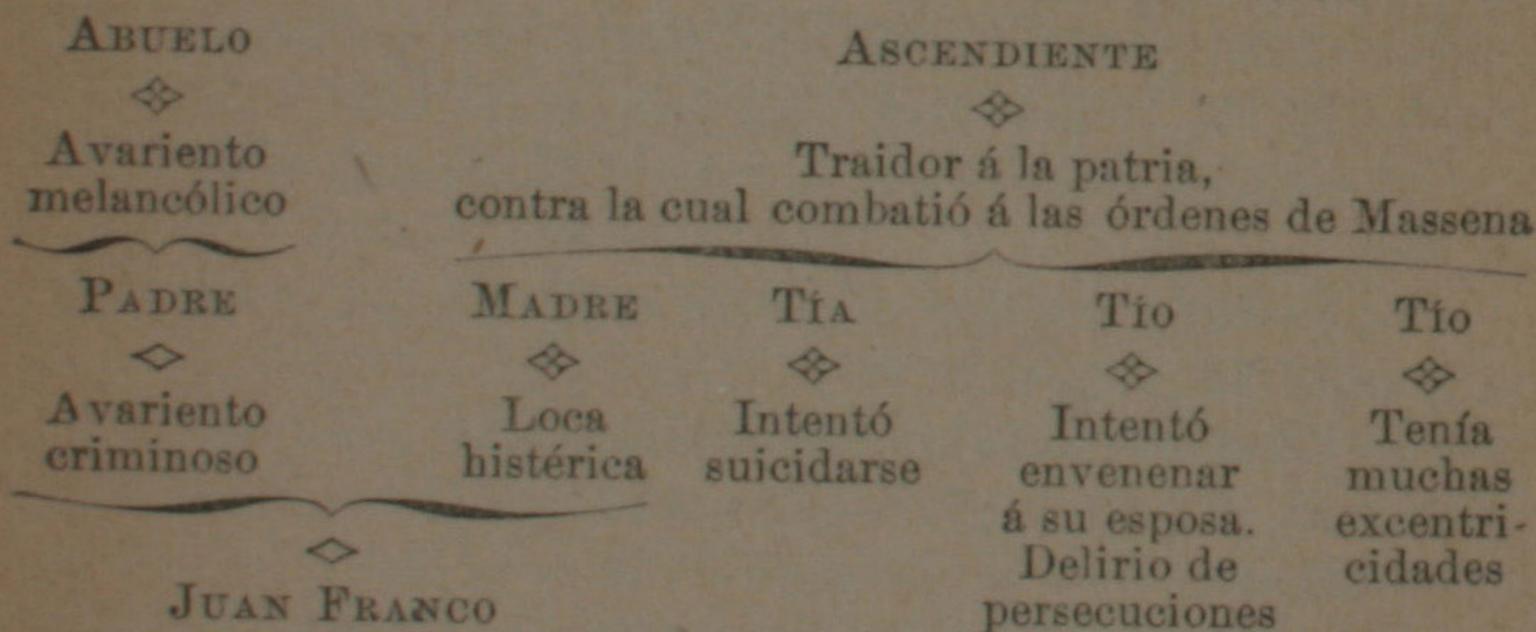
venenamiento de su esposa. Vivía encerrado en su cuarto, sin salir á la calle, con manifiestas señales de delirio de *persecuciones*.

»Otro tío, modesto funcionario, se distinguió por sus excentricidades. Odiaba á su hermano.

»La tía intentó suicidarse, arrojándose al Mondego en Figueira da Foz, por motivo de amores mal correspondidos.

»Uno de los ascendientes de esta rama materna, fué un oficial del ejército portugués que emigró á Francia en 1807, regresando á Portugal á las órdenes del general Massena cuando la invasión francesa. Traidor á la patria y condenado á muerte, emigró para salvarse de la tortura. Entró nuevamente en Portugal en 1820, cayendo en manos de la justicia en 1828 y siendo encerrado en la torre de San Julián de Barra, donde permaneció hasta 1833.»

Es decir, que el árbol genealógico se compone de la siguiente manera:



Continúa el folleto haciendo la historia de los antecedentes personales de Juan Franco. Y no habla por su cuenta, deja hablar á un compañero de juventud de Franco, al ilustre augusto Fuschini,

exministro de Hacienda y una de las personas de mayor autoridad moral de Portugal. Refiere Fuschini que el año 1869 cursaba Franco en Coimbra el tercer año de filosofía. «Tendría catorce ó quince años, de estatura mediana, más bien bajo, levemente cargado de espaldas, frente estrecha y alargada en lo alto del cráneo, con tendencias á la microcefalia, ojos pequeños y negros, de expresión dura y penetrante, mandíbulas muy desarrolladas y prominentes, nariz fina y afilada, labios delgados, con una boca pequeña y saliente. Los rasgos fisiognómicos tenían un fuerte parentesco con los de la raza judaica. Moralmente, Franco era una criatura altiva y traviesa. Más de una vez mi autoridad de más antiguo en la escuela, de veterano, tuvo que intervenir para suavizar accesos de desmedido orgullo. De aficiones acentuadamente reaccionarias, sentíase estremecido de horror al ver en mi biblioteca un ejemplar de Proudhon. Lo perdí de vista después, pero llegaron hasta mí por amigos y condiscípulos noticias de sus hazañas. Más de una vez en las calles de Coimbra fué el héroe de riñas y tumultos, yendo al frente de una partida que le guardaba las espaldas, por lo cual, sin exposición ninguna, solía apalear á transeuntes pacíficos é indefensos.»

Cuando andando el tiempo Juan Franco aparece en la escena política como diputado, no sabía ni podía hablar. Temblaba á la sola idea de romper su silencio, y en los primeros tiempos se acercó un día á Fuschini y le dijo: *Nao terei, jamais, coragem para falar na Camara*. Rompió á hablar, en fin, no sin costarle verdaderas enfermedades...

Y el autor al llegar á este punto relata un hecho que de ser cierto sería típico de la epilepsia. Vivía Franco en Coimbra; la criada de su casa arrojó á

la calle un jarro de agua; subió un municipal á amonestarla é imponerle una multa y se encontró en la puerta con el propio Franco... Oída la reclamación, como respuesta recibió el pobre guardia un tiro á boca de jarro que le disparó Juan Franco sin más explicaciones. El municipal se salvó milagrosamente corriendo desatentado por las escaleras. «¿No es este un caso de evidente locura?», pregunta el doctor Leitao.

Franco, durante mucho tiempo, sufrió crisis dolorosas de neuralgias faciales.

Al entrar en la vida política pagó siempre con ingratitudes los favores que le dispensaron y usó de los más bajos recursos para conseguir sus fines. Basta recordar su campaña de difamación en el Parlamento y en la prensa contra Mariano Carvalho, que cuando era ministro de Hacienda le dejó toda clase de saneados provechos con la reforma aduanera de 1887. Su carácter siempre fué grandemente vengativo. Se cuenta de él que aconsejó á su tío, cacique local, que intentase enamorar á la esposa de un adversario político, ya fuese para vejarlo y amargarlo, destruyendo la tranquilidad de su hogar, ya para catequizarlo y convertirlo á su grey por ese medio reprobable.

Habiendo nacido en 14 de Febrero de 1855, siente un indefinible y lascivo placer en celebrar su aniversario natalicio hiriendo en el corazón á las libertades públicas. Así considera uno de sus más felices aniversarios el de 1895, celebrado con la dimisión del secretario de la Universidad de Coimbra, y el de 1896, en cuya víspera promulgó la ley odiosa del 13 de Febrero.

Sigue en el folleto una acusación en regla contra Franco por haber recibido y buscado y mendigado favores electorales de personas que ultraja-

ron la memoria de su madre suponiendo cosas que es imposible repetir.

Leitao aduce como una prueba de su megalomanía todos sus actos de político en el ministerio de 1895, presidido por Hintze Ribeiro, después al ser capitán de la disidencia de los regeneradores. No hace mucho tiempo, en el hotel Braganza y delante de varias personas que le oyeron admiradas, exclamó: «Estoy investido por la Providencia de una misión mesiánica que tengo que cumplir.»

IV

Caracteres somáticos.—Juan Franco—según el doctor Leitao—presenta asimetría é irregularidades de forma en la cabeza. Tiene *plagiocefalia* manifiesta, que consiste en la desigualdad y asimetría de las dos semicircunferencias laterales del cráneo. Este ofrece la singularidad de tener forma de quilla en el sentido anteroposterior. Tiene *dolicocefalia* caracterizada por la desproporción exagerada del diámetro anteroposterior sobre el diámetro transversal del cráneo, que en su altura es de las mayores dimensiones. El pabellón de la oreja presenta evidentes anomalías. Las mandíbulas están muy desarrolladas y prominentes.

Caracteres psíquicos.—Son los de un degenerado. Irritable hasta con sus más íntimos, vuélvese colérico, con fútiles pretextos, á la menor contrariedad. Es, al propio tiempo, impulsivo y arrebatado. Miente con la mayor audacia. Empeña su honor en afirmaciones que en seguida repudia. Pongamos dos ejemplos nada más.

En el día 5 de Diciembre de 1905, exclamaba Franco en el Parlamento:

«Por encima de todo, una cosa me preocupa: gobernar con el Parlamento, realizar en él las promesas que hice.

»Si me fuera permitido hacerlo, lo aseguraría bajo «mi palabra de honor».

En otro discurso había afirmado:

«Reconozco que erré, y no tengo recelo de confesarlo, porque reconocer los yerros es cumplir un deber de honestidad.

»Renegar es no conformar los actos con los principios.

»Si mañana fuese gobierno y desmintiera mi programa de oposición, me descalificaría yo mismo política y moralmente.»

Vanidoso sin límites, vanidad morbosa que lo deslumbra y lo hace caminar en las esferas de la megalomanía, juzgándose un enviado de la Providencia. Ambicioso. Con impulsos de audacia irreflexiva, viendo en sus amigos más predilectos sus lacayos más obedientes...

Diagnóstico.—Por su herencia morbosa, por sus antecedentes personales, por sus caracteres somáticos y psíquicos, es preciso concluir que Juan Franco padece de *locura epiléptica*. La herencia es un factor etiológico dominante de la epilepsia esencial. Swieten dice que es tan fatal como el brote de los dientes. Y no consiste únicamente en el tránsito del mal inicial de los ascendientes á los descendientes, sino que la herencia similar de epiléptico á epiléptico se reputa por la mayoría de los psiquiatras como la forma más rara. Lo más frecuente es la herencia de transformación que Claus y Van Stricthd denominan *herencia heterogénea*. Es decir, que la forma de las alteraciones

psíquicas se modifica á través de las generaciones. Y es lo que se observa en el caso que venimos discutiendo.

Del lado paterno: avaricia, tendencias criminosas, lipemania. Del lado materno: locura, suicidio frustrado, ausencia de sentido moral, crimen de lesa patria. La transformación se opera en el hijo por la locura epiléptica. El epiléptico es casi siempre, como en este caso, el producto de una predisposición «hereditaria degenerativa».

Respecto de los antecedentes personales, y fijándose sobre todo en el arretrato que le impulsó en Coimbra á disparar sobre un pobre municipal que reclamaba contra una falta de policía, es evidente que es su caso el de un caso típico y característico de locura epiléptica. Siguiendo las modernas doctrinas de antropología criminal, puede con toda certeza asegurarse que Juan Franco fué un criminoso, un loco, al disparar ese tiro. Ese delirio es enteramente característico de la epilepsia: automático, brusco é instantáneo. Desde las simples frases en conversaciones íntimas hasta los malos tratos infligidos á sus inferiores; desde las amenazas hasta los acuchillamientos que él ordena como el del 1.º de Diciembre último en Oporto; desde sus fanfarronadas amenazando á los republicanos con lo que les hace mucha falta, *una data de sabre, como pao para a boca*, hasta los asesinatos cometidos recientemente en el Rocio; desde las violencias mandadas por él á sangre fría hasta el atentado persistente, sistemático, escalonado contra las libertades públicas, todo eso son formas delirantes, verdaderos paroxismos de su mal.

La neuralgia facial es un síntoma indeleble de la epilepsia. Véase la neuralgia *epileptiforme* de Trosseau, véase lo que dice Forni sobre los casos

de neuralgia en los epilépticos, véase, en fin, la historia entera, que está demostrando las anormalidades epilépticas de todo el que se cree ungido por Dios con el carácter de Mesías.

«Estos elementos—los somáticos—podrán no bastar para el diagnóstico (dice Bomparda, citado por Leitao), pero si la vida anterior del observado cambia notablemente por el desequilibrio, por la irregularidad de conducta, etc., si tiene antecedentes hereditarios pronunciados y un acentuado estigma anatómico y funcional, la conclusión tiene que ser en el sentido de la epilepsia.»

Prosigue Leitao diciendo que todos los epilépticos observados en los manicomios, y si no todos la mayoría, son *plagiocéfalos* y *dolicocéfalos*. Y para probarlo, traza la figura del cráneo de Franco: pequeño, obtuso, deforme...

La psicología de Franco, del dictador, está corroborando el diagnóstico basado en los datos de la observación física. El estado mental de los epilépticos se caracteriza principalmente por la movilidad anormal del carácter y por el enflaquecimiento más ó menos notado de las facultades intelectuales. Y estos dos síntomas estan archiprobados en Juan Franco.

En cuanto á la merma de las facultades intelectuales, no se necesitan demostraciones. Basta leer sus discursos, cada vez más insignificantes, más incoherentes, de una pobreza mental que asusta. Ayer, liberal; hoy, absolutista; ayer, defendiendo una vida nueva de moralidad gubernativa dentro de las formas parlamentarias; hoy, apelando á los viejos procedimientos de la dictadura, como únicos medios de gobierno. «El fondo de tristeza de los epilépticos—dice Dutil—es atravesado por mudanzas de una rudeza singular: ora afables y generosos,

ora groseros y rencorosos, pasan de la amabilidad más exquisita á la insolencia más disparatada.» Delteid compara el epiléptico á un arma cargada pronta á estallar al menor choque. Es el caso de Juan Franco.

Y como todo epiléptico, incluso fuera de sus accesos, que de un momento á otro pueden surgir, no es un responsable completo. El vulgo comprende difícilmente y se resiste á admitir que se pueda dar como irresponsable á un individuo que momentos antes ó momentos después de un acto criminal procedía por formas aparentemente conscientes y racionales. Y sin embargo, así es, así es según todos los tratadistas de medicina legal, desde Maudsley á Lombroso.

Conclusión.—Todo enfermo acometido de epilepsia psíquica, cuyas crisis puedan revestir un carácter peligroso, debe ser, si no encerrado en un manicomio, por lo menos vigilado cuidadosamente, bajo la responsabilidad de la familia. Y añade Dutil: «El encierro debe ser obligatorio después de un acto criminal.» ¿No está ahora claro el caso de Juan Franco? ¿Qué mayores actos delictivos se quieren que entrar á saco en el Tesoro público á beneficio del rey y que asesinar cobardemente en las calles de Oporto y de Lisboa á cuantos protestan de los adelantos, de los anticipos ilegales al rey? *Por isso é necessario que seia convenientemente isolado, afim de não poder produzir mais danos individuaes ou colectivos.*

Así termina el folleto de Arthur Leitao, firmado precisamente el 18 de Junio de 1907, el día en que fueron asesinados en el Rocío varios ciudadanos pacíficos y tranquilos, sin previa intimación por parte de la guardia municipal de que iba á hacer fuego. El que lo dude puede ir al cementerio de

Lisboa, puede ir á los hospitales, y si no está ciego verá las huellas de las balas que destrozaron casi todos los cristales de la estación del Rocío. Allí están los testimonios mudos de la epilepsia de Juan Franco...

V

La vista de esta causa, seguida, no sólo contra Arthur Leitao, autor del folleto, sino también contra França Borges, director de *O Mundo*, que publicó el trabajo de aquél, produjo, como era natural, enorme sensación. Se complicaba con la comparecencia en el mismo acto del diputado José d'Almeida, acusado de haber dicho en un mitin público que don Carlos de Braganza *era un rey de ladroes*.

Por consiguiente, en ese día hubo tres reos: Arthur Leitao, França Borges y Almeida, y tres abogados: Alfonso Costa, Alejandro Braga y Manuel d'Arriaga.

Alfonso Costa es un abogado de primer orden, un orador de cuerpo entero, un tribuno del pueblo. Diputado republicano por Lisboa, su popularidad es enorme, inmensa. La campaña que en unión de Almeida, Braga y Meneres hizo en las Cortes, es de las que dejan memoria y huella eterna en cualquier país. Tuvo el valor de acusar directamente al rey, frente á frente del presidente del Consejo, diciendo que don Carlos había recibido dinero fuera de lo consignado en la lista civil. ¿Cómo no iba á atreverse á sostener la locura epiléptica de Juan

Franco? Se atrevió y estuvo magnífico, terrible, en su duelo con el gobierno, con el dictador.

Alejandro Braga es, á pesar de su juventud, un jurisconsulto notabilísimo que respetan y temen sus adversarios. Nadie como él para plantear en sus verdaderos términos una cuestión jurídica, para manejar las buenas artes legales, para derrotar al fiscal, para poner en confusión el ánimo de los jueces. Ha nacido para brillar en estrados y ser una figura eminente en el Foro. Por eso planteó magistralmente la cuestión de previo y especial pronunciamiento, que era obligada, que se imponía á todo el mundo. Su tesis fué ésta: «Los jueces son incompetentes y no pueden fallar si no se fundan en un informe médico documentado. Para saber si Leitao ha delinquido ó simplemente ha dado un dictamen médico exacto, hace falta que comparezcan peritos, otros médicos, que deberán ser alienistas de indiscutible prestigio, y expongan su parecer. ¿Cómo lo van á fundamentar si no lo han observado, si no han visto al que se dice que es epiléptico? Sin esa observación, sus declaraciones no pueden tener más valor que el de una hipótesis. Se necesita que Franco se someta á una inspección de varios días y de varias noches, de meses enteros. La cosa vale la pena, porque va en ello la salud de la patria, y sería una insensatez dejar libre, y dejar al frente del gobierno de un pueblo, á un loco epiléptico. Como también constituiría un abandono del Estado y de sus prestigios consentir que alguien lanzara esa especie injuriosa y calumniosa de locura epiléptica sin producir todas las pruebas necesarias de su aserto. O aquí hay un calumniador ó aquí hay un médico profeta y patriota que advierte á su país que corre á un abismo en manos de un loco.» Así argumentó Alejandro

Braga con soberana elocuencia, pero en pura pérdida, porque en Portugal, como en España y en todos los países decadentes, la independencia judicial es un mito.

Mi imparcialidad me obliga á reconocer dos cosas que entiendo reconocerá todo el mundo: primera, que el procedimiento observado por el doctor Leitao es absolutamente científico, pero que un médico que no ve directamente al supuesto ó real enfermo está muy en trance de equivocarse; segunda, que siendo el trabajo de un mérito notable, hay en él evidentes lagunas entre la relación directa de ascendiente á descendiente y falta determinar, sobre todo, el carácter del padre, que aparece en términos vagos, confusos... Y después de todo, el sistema es de un peligro notorio, si las pruebas no son muy patentes, porque escarbando escarbando apenas si habría hombre en el mundo en cuya genealogía no se pudiesen encontrar antecedentes de locura... El campo de los orates larvados ó manifiestos es infinito...

Pero no es eso, en mi concepto, lo que está puesto á debate, ni el doctor Leitao estimo yo que se propone que le crean bajo la fe de su palabra. Lo que interesa aquí, lo que es grave, no es eso. Lo que interesa es que no se pueda decir en la prensa de Portugal cosa que se dice á la hora de combate político rudo en todos los países de la Europa libre y de la América libre. De Ferry, en Francia, con motivo del Tonkín, dijeron los periódicos cosas terribles, espantosas, verdaderamente infamantes. Y lo mismo de Waldeck-Rousseau, de Combes, de Clemenceau. Pero si alguien á la hora actual publicase un folleto como el de Leitao afirmando que Clemenceau es un epiléptico, la sanción sería una sonora, estrepitosa carcajada, no ya de

Francia, del universo entero. Esas son las ventajas, las inmensas, tradicionales, insustituibles ventajas de la libertad de la prensa.

Y al fin y al cabo, no ya los primeros ministros, los reyes, los emperadores, césares ó semidioses, caudillos y genios de la literatura, de la filosofía, de la religión, han sido estudiados, y siguen siéndolo, como locos ó candidatos á la locura. ¿Quién no ha leído el famoso libro de Lombroso, *Genio e folia*, en el que apenas hay hombre insigne que escape á su investigación tremenda de la herencia morbosa, del microbio de la locura? Para unos, para los verdaderos hombres de genio, para los superhombres, eso es un título de gloria. La acusación de locura, en la mayoría de los casos, constituye una honra. Lo malo es que la fama proclame que Fulano ó Mengano, que se cree un gran hombre, es incapaz de volverse loco... ¡Oh! ¡Cuántos monarcas y cuántos gobernantes de todas las edades hubieran hecho pacto con la Historia para que ésta atribuyera á locura, á irresponsabilidad mental, sus torpezas ó sus maldades!...

VI

Fueron todos condenados al máximum de la multa con que la ley castiga estos supuestos delitos. El tribunal, fiel servidor de la dictadura, descargó el peso de su mano férrea sobre los temibles reos, pero lo que no pudo evitar es que el proceso se convirtiera en un mitin político, de intensa; de magnífica, de salvadora propaganda republicana. No pudo evitar que Manuel d'Arraiga, que es un

artista excelso de la palabra, un poeta de la República, un orador de formas clásicas, bravo como un convencional, sabio como un enciclopedista, de una autoridad extraordinaria que se impone á los propios jueces, dijera horrores contra el rey, que quedaron sin respuesta, como la verdad sin velos, santa é incontrovertible, como la Historia misma.

A esta hora grande para Portugal, crítica, muy crítica para Portugal, se discute lo que discutían los liberales españoles al declarar loco á Fernando VII. Entonces también encontraba el siniestro rey quien defendiese la integridad de sus facultades mentales. La Historia ha dicho después, con su autoridad irrecusable, que se trataba de un imbecil malvado, de la última y simiesca forma de la degeneración de una dinastía.

¡Qué gran lástima que el doctor Leitao, al hacer la historia clínica de un caso de epilepsia, se haya detenido en el valido, en el favorito! De haber elevado la puntería, fijándose en el rey, seguramente hubiera encontrado más antecedentes hereditarios y personales y somáticos y psíquicos que en el desdichado dictador. Al fin, éste no es más que un instrumento que sirve á un régimen, á una institución. El pecado original está en otra parte, está en la monarquía, está en el absurdo estupendo y monstruoso de que se rija á un país por la sencilla razón de haber salido de un vientre augusto. Lo que es contra Naturaleza, contra ley lógica, contra el sentido común, no puede menos de deparar consecuencias fatales, funestísimas. Y en Portugal, una de dos: ó dentro de un plazo muy breve no hay Braganzas, ó no habrá patria, no habrá nación...

Los republicanos de Oporto

La ciudad revolucionaria

I

Allí había de todo, en las mesas del café Carmano. Estaban representadas todas las clases sociales, todas las profesiones. En un momento se formó un gran corro á mi alrededor, y todos querían informarme acerca del estado de Portugal, poniéndome en autos de los grandes hechos y hazañas del grande, del incomparable y nunca bien ponderado Juan Franco, que está trabajando por el bien del país.

Voy á permitirme presentar á los lectores á mis amigos de Oporto, porque lo son desde aquella noche, Rómulo d'Oliveira, médico; Lopes Teixeira, redactor de *A Voz Pública*; José Coelho, comerciante; doctor Duarte Leite, *lente* de Matemáticas; doctor Arthur Leitao, médico; doctor Manuel Coelho, abogado; Abilio Meirelles, revolucionario del 31 de Janeiro; Alejandro Queiroz, estudiante de Medicina; Enrique Cardoso, profesor; Bartolomé Severino, periodista; doctor Pereira Osorio, abo-

gado; Alejandro de Barros, periodista; Ramiro Mourao, comerciante; doctor Alvaro Pimienta, médico; doctor Adriano Pimienta, abogado, y Alfredo Magalhaes, *lente* de la Escuela Médica de Oporto.

Y á pesar de aquella diversidad de condiciones, de oficios, de temperamentos, todos pensaban lo mismo, todos unánimamente condenaban la dictadura con un sólo grito de execración, de repugnancia. Ni siquiera eran los allí presentes los habituales de una tertulia política, porque unos habían ido para verme; otros, al pasar por la calle, atraídos por *el comicio* improvisado, entraron y se incorporaron al corro, y no fué predeterminado de antemano que se habían de ver y me habían de informar. El azar, la casualidad, excepto á Magalhaes, Duarte y Leitao, los reunió en torno de las mesas del café. Y el hecho se podría repetir cien veces en la ciudad de Oporto, produciendo el mismo resultado. No hay reunión posible de una docena de ciudadanos, vengan de donde vinieren, en que no se ponga en la picota al dictador: primero, por lo que ha hecho contra la patria, la libertad, la justicia, y segundo, porque tuvo el atrevimiento inaudito de elegir á Oporto como el lugar propicio para cantar su tiranía y pretender justificarla.

II

Voy á reducir á una unidad expositiva todo lo que me dijeron durante tres horas de charla política animadísima mis amigos de Oporto. Yo no les pregunté su opinión; no hacía falta preguntar lo que eran, lo que pedían. Eran todos enemigos del

régimen monárquico, partidarios de repetir á las buenas ó á las malas, mejor aún á las malas que á las buenas, lo que se hizo con don Pedro en el Brasil. Y para demostrarme lo que ardía en su pecho irritado, comenzaron por hacer historia, por referirme en frases vibrantes de indignación cómo se ha venido al conflicto actual.

En 10 de Mayo de este año apareció en el *Diario do Governo*, en la *Gaceta* de Portugal, un decreto firmado por todos los ministros, estableciendo de golpe y porrazo la dictadura.

Podían todos esos señores ministros haberse ahorrado firmar como en barbecho el decreto. Con que lo suscribiese Juan Franco, bastaba y sobraba.

Lo más curioso, extraordinario y estupendo del decreto es que surge la dictadura en el preámbulo de una disposición sobre la crisis vinícola. ¿Habráse visto cosa igual?

«Atendiendo á que el gobierno me representó la conveniencia de hacer lo que se hace, en el preámbulo del decreto núm. 1 de esta fecha, Yo, el Rey, tengo á bien disolver la Cámara de los señores diputados de la nación, que deberán ser oportunamente convocados por decreto especial á los colegios electorales para que se realicen las respectivas elecciones.» Así habló el monarca en la *Gaceta*, en un galimatías incomprensible, porque Franco tiene la exclusiva en eso de no saber lo que dice. Lo único claro es que don Carlos, á semejanza del zar, disuelve las Cortes del reino, como la *Duma*, porque se le antoja, porque es su voluntad autocrática, no sujeta á ley ninguna.

El preámbulo del decreto de Franco sobre la crisis vinícola, en que se establece la dictadura, tiene la gracia del mundo. No hay portugués que no se lo sepa de memoria.

«Hace próximamente un año que Vuestra Majestad—dice el preámbulo famosísimo—nos confió el gobierno de la nación, y la conciencia nos afirma que durante ese período hemos procurado honrar la confianza del Rey y del país por nuestro trabajo, por la firmeza de nuestra acción política, por la austeridad de nuestra administración, por el respeto al programa político y moral que nos propusimos ejecutar. Lo que principalmente distingue y caracteriza ese período gubernativo, en cuanto á su aspecto político, es la demostración claramente dada de nuestro sincero deseo de vivir con el Parlamento, de respetar nuestros diferentes órganos de la vida nacional, y en ellos las funciones y poderes que la Constitución del Estado, respectivamente, les atribuye.

»Desde el sincero acatamiento á la voluntad del país en la elección de sus diputados, que trajo al Parlamento representantes de todas las corrientes de opinión y de todos los partidos y fracciones políticas, hasta la forma con que se procuró que en todas las Comisiones parlamentarias tuviesen representación las oposiciones y que en todos los debates discurriesen con la mayor amplitud y libertad, el gobierno probó que quería gobernar con el Parlamento en una colaboración sincera, prolongada é intensa, conforme lo exigían las necesidades del país y la multiplicidad é importancia de los problemas de orden económico, administrativo y político que era urgente afrontar y resolver.

»La forma como las fracciones políticas y parlamentarias correspondieron á ese leal propósito del gobierno, es bien conocida de todo el país. Si por el fracaso de todos sus ataques y campañas políticas y por la imposibilidad de señalar durante el largo período de las interrumpidas sesiones le-

gislativas una sola cuestión de hecho que afectase siquiera á la rectitud y á la moralidad del gobierno las oposiciones sólo han conseguido afirmarnos en la confianza y en el buen concepto público, en cambio lograron la inanidad de los trabajos parlamentarios, á despecho de la larga iniciativa gubernamental en la presentación de numerosos proyectos de ley...»

El documento es de oro, por su cinismo inaudito. El gobierno se da un colosal autobombo por todo lo que no ha hecho y ha debido hacer; el gobierno habla de su propósito de vivir con el Parlamento, y lo disuelve; el gobierno encomia su respeto á la voluntad del país, y jamás hubo elecciones más escandalosas; el gobierno se envanece de que respetó la libertad de la tribuna, y expulsó *manu militari* á los diputados republicanos; el gobierno se atreve á decir que no se le señaló un acto de su inmoralidad, y fué en ese Parlamento disuelto donde Franco confesó los anticipos al rey, porque no tenía más remedio que confesarlos...

«Y como si ese multiforme obstruccionismo—continúa el preámbulo—no fuese bastante para anular y desvirtuar las legítimas funciones del Poder legislativo, el advenimiento de una melindrosa cuestión de orden público vino á justificar la necesidad de cerrar las Cámaras, para que con su ejemplo no se sugestionase la sociedad portuguesa.»

Franco es único, inefable, grandioso. Es decir, que la cuestión de orden público la suscita él con el escándalo de los *adeantamentos* al rey, la envenena con la expulsión de los diputados republicanos que denuncian tales anticipos ilegales, y luego hace responsable al Parlamento de lo que él llama la *melindrosa* cuestión de orden público. Es incon-

mensurable su *toupet*, su audacia, su desconocimiento de las leyes morales.

— Pero aun hay más; en Portugal, gobernado dictatorialmente, siempre hay más.

«¡Señor! Después del mantenimiento del orden público, que es la garantía primordial de la actividad y de la libertad de un pueblo, el primer deber de los gobiernos es gobernar. Desde que aceptan la investidura de esas altas funciones, los hombres que lo componen tienen que sacrificar al cumplimiento de ese deber supremo, no sólo la tranquilidad y la paz de su vida, sino muchas veces, ante la fuerza implacable de los hechos, sus ideas preconcebidas, esa aparente coherencia de los actos á los principios, cuyo abandono, aun cuando no afecta á su integridad moral, hiere la vanidad de la inteligencia, la más susceptible de las vanidades humanas.»

¡Magnífico! ¡Piramidal! Para el señor Juan Franco lo importante es la vanidad. No le interesa que le acuse su conciencia de impostor, de que traicionó sus palabras y sus compromisos y sus juramentos...

Oigamos á Juan Franco, que no tiene desperdicio. Después de afirmar tranquilamente que jamás hubo gobierno que tuviese mejor programa, añade lo siguiente, que es el colmo de la frescura:

«Esa obra, cuyo principal objetivo es hacer entrar á nuestro país en las normas y prácticas de un verdadero régimen representativo, tiene que realizarse. Procuramos hacerlo desde luego con el concurso del Parlamento. Ese esfuerzo malogróse por la forma de combatirnos, que dejamos expuesta y que es conocida de todo el país. Trácese un paralelo entre el amplio movimiento de renovación social y económica que en todas las clases se está

elaborando, la intensa aspiración para que el Estado asuma la alta misión directora y propulsora de la actividad y del trabajo nacional, con el espectáculo que el Parlamento dió al país durante esos seis meses de sesión legislativa, en que las luchas y rivalidades de los hombres y de las fracciones constante é invenciblemente postergaron el estudio y la resolución de los más trascendentales problemas de interés público...»

Franco quiere realizar un verdadero régimen representativo, y para lograrlo disuelve el Parlamento *sin fijar la fecha* de la convocatoria de las Cortes nuevas. Si las disueltas eran ingobernables, como él dice, sin probarlo, lo que procedía era llamar inmediatamente á nuevos comicios, apelar á la voluntad del país. ¡Y en vez de eso infringe descaradamente la Constitución! ¡Y en vez de eso cierra las Cámaras sin plazo y agarrota á la prensa!

«Nuestro camino está trazado por la fuerza de las circunstancias, que no preparamos nosotros, antes bien, nos contrarian manifiestamente, y por la necesidad de la obra administrativa que el rey y el país nos confiaron. Los límites y el carácter de nuestra acción gubernativa están, naturalmente, marcados y definidos por el objetivo que nos propusimos siempre alcanzar.

»No vamos á hacer dictadura en el sentido vulgar de la palabra, llevados por el prurito de legislar sin las dificultades de la fiscalización, sino que vamos á resolver, con espíritu de reforma, todos los problemas, sin que sea preciso para eso remover todo el campo de la legislación patria. Vamos realmente, firmemente, Á HACER ADMINISTRACIÓN EN DICTADURA, ya que de otra manera no se nos deja hacerla.

»De esta forma, haciendo *mucha administración y poca política*, juzgamos corresponder á las aspiraciones del país, dando satisfacción á las más urgentes de sus necesidades.»

¡Mucha administración y poca política! El dictador, sobre ser atrevido y cínico, cae en la mayor de las vulgaridades, en un viejo lugar común. Esa es la fórmula de las más groseras tiranías la fórmula del imperio de Napoleón *el Chico*, que haciendo mucha administración y poca política condujo á su patria á Sedán.

Y concluye el inmortal documento diciendo que por el camino de la dictadura, sin el estorbo del Parlamento y de la prensa, se realizará el ideal de restablecer *el verdadero régimen representativo, que es la única forma de gobierno de todas las sociedades modernas, cuya implantación sincera constituye la más generosa aspiración de todos los que aman á su patria y á la libertad.*

Invocar el régimen representativo; invocar la patria; invocar la libertad, á la hora misma en que se atropella el derecho, el régimen parlamentario, la libertad, es una afrenta vergonzosa para el país que lo tolera, es marcar con un hierro candente las espaldas de todos los ciudadanos, como si todos perteneciesen al rebaño monárquico dictatorial.

«Señor: Expuesto así á Vuestra Majestad y al país con toda lealtad y franqueza el pensamiento del gobierno y las condiciones en que él juzga que su acción política y administrativa se podrá ejercer con provecho público, hacemos votos para que á la mayor brevedad posible nos quepa el honor de dar cuenta de nuestros actos á los representantes de la nación para que ellos juzguen de nuestra obra y hagan justicia á nuestras intenciones.»

Es decir, y traducido al romance vulgar, que cuando Juan Franco este año, ó el que viene, ó cuando quiera, haya preparado convenientemente una nueva ley electoral, con la cual consiga que todos los diputados sean *franquistas*, cesará la dictadura, hará elecciones, y *sus* diputados aprobarán su obra, haciendo justicia á sus santos propósitos. ¡Único en el mundo este defensor *del verdadero régimen representativo!*

III

Un mes había transcurrido desde la promulgación del celeberrimo decreto, cuando Juan Franco creyó llegada la hora de presentarse en público y de ir precisamente á Oporto á recoger los aplausos de la opinión. Su propósito era pronunciar un discurso explicando, demostrando al ignaro pueblo, á la estulta multitud, que no lo admira ni venera, los maravillosos beneficios de la dictadura. Y como lo pensó lo hizo. Su viaje fué enteramente triunfal, un viaje como el del rey don Carlos á Pedras Salgadas, un viaje con acompañamiento de silbas, un viaje en que el júbilo popular se manifestaba ostentando en los balcones colgaduras negras.

Todo el mundo recuerda, y se sabe en España y se sabe en Europa, los éxitos prodigiosos que obtuvo en la estación de Oporto, en las calles de Oporto. Dentro, en la sala donde se celebraba el *comicio* oficial, en que el presidente exponía la misión divina en que está empeñado por designios

sagrados de la Providencia, no había más que franquistas. Y hasta estos cuitados se ruborizaron de oír al dictador cantar las excelencias de la dictadura:

Estuvo insuperable Juan Franco. Llegó en un periodo de su discurso á decir lo siguiente, sobre poco-más ó menos: «He elegido á esta ciudad de Oporto para manifestarle mi pensamiento porque es una ciudad predominantemente comercial y trabajadora, y no política. Vosotros sois los únicos capaces de comprenderme; vosotros, hombres de orden, de administración, de trabajo, no hombres de luchas políticas, de encrucijadas parlamentarias, de ardides de baja ley para derrotar á un gobierno recto, moral, animado del propósito de hacer el bien de la patria. Y me comprenderéis, aprobando mi conducta, en cuanto yo os manifieste el fondo de mis ideas, muestre al desnudo mi conciencia y mi alma.

»Yo he hecho lo que no se atrevió á hacer ningún político portugués: presentarme al Parlamento y confesar mis errores y confesar los errores del rey y jurar por Dios que nunca más habría *adeantamentos*. ¿Cómo? Pues por el único camino legal posible, por el camino que os será grato á vosotros, hombres de administración y de trabajo: *aumentando la lista civil...*»

Cuentan las crónicas que, no obstante la buena voluntad de los oyentes, dispuestos á aplaudir á su héroe, á su caudillo, á su señor, al llegar á este punto se miraron sorprendidos y callaron, no se atrevieron á aplaudir. Es que la cosa constituía un colmo de audacia y desaprensión. Los comerciantes, los hombres de administración y de números, no podían comprender la magnífica receta administrativo-económica dictatorial de Juan Franco.

Era superior á sus luces, inaccesible á su conciencia. Es decir, que cuando hay un desfalco en la caja, lo mejor es suplir con un sueldo la cantidad desfalcada. Puesto que hay un funcionario que malversó el caudal H ó Z, se le premia dándole en adelante, y para *legalizar* la situación, la suma equivalente al año de lo que podría seguir malversando. Es una *trouvaille* que no se le había ocurrido jamás á nadie. A nuestro primer ministro corresponde de derecho la patente de invención...

El pueblo quedó entusiasmado, y demostró su entusiasmo dando expansión á sus gritos de ira, enseñando los puños. Y cuando Juan Franco volvió á Lisboa, la ciudad hermana, la capital de la nación, que no cede en sentimientos republicanos á Oporto, recibió dignamente al dictador, y le hizo una ovación tan grande y tan hermosa, que el 18 de Junio se recordará en los fastos revolucionarios de Portugal. La sangre corrió en abundancia en el Rocío de Lisboa y hubo muertos y heridos; Juan Franco recibió el bautismo como dictador con la sangre de sus víctimas. Eso es lo que deseaba: consagrar por la fuerza y por la violencia sus grandes cualidades de Mesías. Pero al revés de lo que cree la gente, no fué el valor, sino el miedo, lo que desató la furia dictatorial, lo que empujó á la fiera...

El decreto de 10 de Mayo tuvo su complemento el 18 de Junio. Empezaba Portugal á tener verdadero régimen representativo, unánime aspiración ideal de todas las sociedades modernas. No hay más sino que desde aquel momento se rompió todo lazo de unión entre el país y sus instituciones, pudiéndose decir que ya no existe monarquía constitucional en Portugal, sino un gobierno que vive

fuera de la ley. Y el pueblo, que tiene supremas palabras, en que encierra su pensamiento, dice desde aquel día que no hay magistrado que lo representa, que lo encarna, que lo rige por el amor y por la justicia y por la libertad, sino un amo, un señor, que *se ha ido al monte* como el primer rebelde á la Constitución.

Oyendo á Guerra Junqueiro

En 1904

I

De tren á tren, en la estación de Coimbra tropecé con Guerra Junqueiro, tuve la fortuna de abrazar á Guerra Junqueiro.

—Vuestra Excelencia, Guerra Junqueiro—dije abriendo los brazos y apretándolo contra el pecho, al ver venir hacia mí á un hombre de menos que mediana estatura, con unas barbas largas de apóstol.

Y él me contestó:

—Vuestra Excelencia, el señor don Luis Morote. Quedamos amigos, íntimamente amigos. Mas Guerra Junqueiro, que iba con su mujer y con su hija, no podía detenerse. Siguió en el tren hacia Figueira da Foz, mientras que Machado, Teixera Queiroz y yo nos dirigimos á Bussaco, el gran monumento que conmemora la victoria sobre los franceses invasores en 1810.

Y en aquel breve espacio de tiempo, brevísimo, que estuve con Guerra Junqueiro en la estación de

Coimbra, el poeta se me reveló tal cual era, un gran productor de ideas y de frases, con tal arte y prodigalidad, que es capaz con lo que él desperdicia de dar asunto para cien poemas.

Guerra Junqueiro, al saber que yo venía de Coimbra, la célebre Universidad, se desató en himnos de entusiasmo. «¡Coimbra! ¡Ha estado usted en Coimbra! ¡Oh, Coimbra es una tierra excepcional! Allí crecen juntos, al lado, en el espléndido Himno de la Naturaleza, el ciprés y la viña, el laurel y el olivo, el cedro y el naranjo... Allí parece que se casan el Paganismo y el Cristianismo, en unión permanente y perdurable. Hay sitios de Coimbra en los que espero ver surgir ninfas del brazo de monjas y sátiros entrelazados con místicos. Para hallar algo semejante ó análogo sería preciso remontarse á las repúblicas de Italia en la Edad Media, á Pisa, á Florencia...

»También tienen ustedes los españoles muchas cosas que recuerdan á Coimbra y que la aventajan en hermosura y en *lembranzas* históricas. ¡España! ¡España! España siempre ha vivido y vive y vivirá en perpetuo drama individual y colectivamente. En todos los órdenes de la actividad, su nota característica, distintiva, *sui generis*, es el drama, es la violencia, que á la postre denotan exuberancia pasmosa de vida. El español piensa y obra dramáticamente. Así produce á la par tipos tan distintos, pero siempre tan *vitales*, tan violentos como San Ignacio, Torquemada, San Francisco de Asís, Hernán Cortés, Pizarro, el duque de Alba, San Juan de la Cruz, Goya, y sobre todo el *Quijote*, personaje de carne y hueso, que vive y vivirá como la representación histórica, inmortal del país castellano.

»No; lo que no es pasión, lo que no es violencia,

lo que no es drama, lo que no es exceso de vida, no ha sido, no es, no será genuinamente español y castellano. Así, por ejemplo, Velázquez. Yo estaba asombrado, desde que comencé á estudiar y á comprender á Velázquez, de que Velázquez fuese español. ¿Por qué? Porque Velázquez es todo sencillez y naturalidad, es todo elemento *humano* en el arte, y eso contradice, niega los caracteres predominantes del español, lo contrario de la sencillez y de la naturalidad. Antes de Velázquez, el arte estaba *deshumanizado, desobjetivizado*. Viene él y todo lo trastorna. ¿La explicación? ¿La causa? ¿El *quid divinum* que desentrañe tal misterio? Y la explicación satisfactoria vino cuando yo supe la verdadera biografía de Velázquez. Entonces se me apareció clara y diáfana la clave del misterio tenebroso.

»Velázquez era de padres ó de abuelos, de antepasados inmediatos *portugueses*. De ahí su sencillez, su naturalidad, su elemento *humano*, que en vano buscaréis ni en Murillo, ni en Ribera, ni mucho menos en Goya. Todos ellos son dramáticos, y más dramático que todos Goya. Velázquez representaba, al contrario, el temperamento equilibrado, perfecto, sencillito, natural, objetivo de los portugueses. El supo pintar á los hombres y á las cosas como eran, lo que jamás hubiera podido lograr un castellano peleador excesivo, pasional, impulsivo, desfacedor de entuertos. Velázquez no tiene ningún parentesco con el *Quijote*.

»¡Ah! ¡España! ¡España! Mientras la condición de la superioridad en las guerras era el valor, el simple valor físico, el gran valor físico, España triunfó. Cuando las guerras fueron cálculo, matemáticas, resultado de una combinación química ó de una integral algebraica, España quedó vencida.

Ejemplo la guerra hispano-americana, la lucha entre España y los Estados Unidos.

»La lucha entre España y los Estados Unidos fué la pelea singular, extraña, entre Frascuelo y Edison. El uno, Frascuelo, iba armado de estoque, vestido de luces, confiado en su valor primitivo, hermoso y brutal; el otro, Edison, cubierto de su blusa de descubridor, tenía las armas potentísimas de sus invenciones maravillosas. Y sin moverse lanzaba bombas, torpedos, proyectiles inflamables contra el pobre aunque noble y generoso paladín vestido de luces y sin más armas que su estoque. El resultado fatal, necesario, irreductible, era la victoria de Edison sobre Frascuelo, el triunfo del cerebro sobre el corazón.»

II

A las veinticuatro horas nos reuníamos otra vez en Figueira da Foz, y al saber que habíamos estado en Bussaco de nuevo, se disparó en períodos grandilocuentes, líricos, hermosos. «¡Bussaco! ¡Bussaco—decía Guerra Junqueiro—es, como afirmaba Salmerón, un bosque sagrado donde se espera ver resucitar al dios Pan del brazo de Jesucristo!»

«Soy un poeta místico—añadía Guerra Junqueiro—; un poeta místico, que aspira á vivir la vida del infinito y de lo absoluto, pero lo infinito y lo absoluto vivido en cada minuto, en el espacio y en el tiempo.

»Vea usted mis poesías. Prescindiendo de los ensayos de la juventud, sin consistencia y sin trascendencia, soy el autor de

» *La morte de dom Joao.*

» *Musa en Férias.*

» *Os simples.*

» *Fines Patriæ.*

» *A Lagrima.*

» *Patria.*

» *Orazao ao Pao.*

» *Orazao á Luz.*

» *Baptismo de amor.*

» *Victoria da Franza.*

» *O crime.*

» Siendo autor de todo eso, mi aspiración es concluir la trilogía empezada. La primera parte es *La muerte de don Juan* (la esclavitud de la carne); la segunda parte es *La muerte del Padre Eterno* (la esclavitud del espíritu), de la cual son fragmentos y cantos nada más lo ya publicado de la *Vejez del Padre Eterno*; y la última parte será *¡Prometeo libertado!* es decir, lo que ha de surgir como consecuencia fatal, inevitable, de la muerte de don Juan y de la muerte del Padre Eterno. Para mayor claridad, hay que reconciliar en reconciliación suprema, verdadera y única, el liberalismo cristiano, al dios Pan y al Crucificado. El Helenismo es la alegría, es la carne triunfante. El Cristianismo es el dolor, es la sangre, es la muerte, es el alma emancipada. El universo sin alegría y sin carne, resulta un contrasentido. Pero no menor contrasentido resulta sin dolor y sin alma. Armonicemos esos elementos, reduzcámoslos á la pura, á la suprema unidad.

» Yo creo en Dios. Sin Dios todo es un misterio, todo es una duda, todo es una negación, todo es un sin sentido. Antes, positivistas y naturalistas se aplicaron á una á establecer dos entidades substantivas, *fuerza y materia*. De fuerza y materia,

hoy no queda sino la primera, por el triunfo de las observaciones de los hechos y leyes naturales. Llámeme usted á Dios Padre Eterno, con unas barbas muy largas, ó llámeme usted Fuerza, el resultado es el mismo: la concepción *monista* del mundo, en que se reducen todas las cosas á suprema unidad. No hay filosofía sin filosofía, no hay metafísica sin Dios, y en el porvenir sólo se estudiará y sólo se enseñará *Física-Metafísica*.

»El positivismo es á la ciencia lo que la burguesía es al orden político: un egoísmo y una cobardía. Como en los espacios interplanetarios no hay sino infinito, sin muros, sin calles, sin caminos, sin cotos, los positivistas, buenos burgueses, estómagos satisfechos, con la inteligencia limitada, se aplicaron á cercar el cosmos, á reducirlo, á plantarlo, á convertirlo en propiedad privada de la razón. El resultado fué un horror, fué la negación de Dios, fué la negación de la ley de causalidad, fué la negación del mismo infinito, sin principio y sin fin.

»Y yo no quiero esas negaciones, porque aspiro á explicarme la vida y á vivirla, aspiro á casar en mi *Prometeo libertado!* en un superhimenéico hermoso, el Helenismo y el Cristianismo, la alegría y el dolor, el dios Pan y el Crucificado. No hay cosas relativas, no hay más que el infinito y el absoluto, pero viviéndose en cada momento del tiempo y en cada lugar del espacio, camino de la conquista definitiva del Bien, de la Belleza, de la Justicia y de la Verdad. De ahí mi sistema político, que es sistema científico: de ahí mi abominación de la monarquía. Yo no puedo comprender que la monarquía subsista en el siglo actual más que como subsiste en Inglaterra, donde el primer magistrado de la nación toma el seudónimo ó el

mote de rey constitucional. En realidad, es un presidente de la República hereditario, pero yo no quiero exponerme á que la herencia me dé un jefe inepto, indigno, una calamidad para mi país.

»Y voy á confesarme por completo con usted, porque de todos los políticos que existen en el mundo, monárquicos ó republicanos, los únicos que se confiesan de verdad son los poetas, es decir, los poetas impulsivos... Como que los poetas impulsivos, en realidad de verdad, no se confiesan, se denuncian. Echan para afuera lo que tienen dentro, sus pasiones, sus afectos, sus sueños, sus ideales, sus esperanzas. Esos sí que no se reservan nada, esos sí que no guardan misterios, esos sí que no sirven á sus clientelas. Su clientela es la masa, aunque sea amorfa; es la nación entera, aunque sea inconsciente... Dirán y harán lo que les mande el imperativo de su conciencia, sin pensar en lo que les favorezca ó en lo que les perjudique...»

III

Y diciendo y haciendo, Guerra Junqueiro se se puso á exponerme, mientras subíamos al Cabo Mondego, en Figueira da Foz, mientras nos sentábamos al borde de grandes peñascos, que tienen por único escenario el mar, el imponente Océano en toda su majestad, lo que es el balance político de Portugal en orden á la burguesía, al clero, al ejército, á las Cortes, á la justicia, á los partidos y á las libertades.

—Todo esto que voy á decirle está sintetizado más sistemáticamente en mi libro *Patria*. Es un

libro escrito en verso y en prosa, más en verso que en prosa, y que tiene como lema las palabras hermosas y sublimes de Camoens:

Esta é a ditosa patria minha amada

»Se publicó en 1896, cuando todavía estaban recientes, cual en llaga abierta, los dolores de la crisis nacional, el *ultimatum* de Inglaterra, el alzamiento de Oporto del 31 de Enero, la conducta de los poderes públicos indiferentes ó criminales, ante las desventuras sin nombre de Portugal.

»¿Qué hay en Portugal? Hay un clero desmoralizado y materialista, liberal y ateo, cuyo Vaticano es el ministerio del reino y cuya religión es una Virgen de buen Tono y una hostia *glacée*. Hay una burguesía corrompida hasta la médula, capaz de todas las mentiras y de todas las falsificaciones, de la violencia y de la estafa. Hay un ejército que cuesta 6.000 contos y no vale 60 reis como elemento de defensa y garantía autonómica. Hay un poder legislativo que friega la cocina del poder ejecutivo, que es á su vez criado del rey. Hay un rey que se ha vuelto absoluto por la abdicación unánime del país. Hay una justicia al arbitrio de la política. Hay dos partidos monárquicos sin ideas, incapaces en la hora del desastre de sacrificar por la monarquía una gota de sangre. Hay un partido republicano, hoy agua de pozo, que acaso se transforme mañana en lluvia. Hay una instrucción miserable, una marina mercante nula, una industria infantil, una agricultura rudimentaria. Hay un régimen económico basado en la emigración al Brasil, pérdida de gente y pérdida de capital, autofagia colectiva. Hay una libertad absoluta en la letra de la ley, puesta de hecho á merced de los *condottieri*

políticos. Hay una literatura muda ó arrinconada. Hay una generación nueva en las escuelas irreverente y revolucionaria, destinada tal vez á perderse en el vacío...

»Y si á todo esto juntamos un pesimismo cancéroso y corrosivo minando las almas, cristalizado ya en fórmulas banales y populares: *Tao bons sao usus como os outros, corja de pantomimeiros, cambada de ladroes, tudo una choldra*, tendremos un sintético esbozo de la fisonomía de la nacionalidad portuguesa en los tiempos que corren...

»Pero á pesar de eso yo no soy pesimista, yo soy un profundo y sincero optimista. Todo eso, clero, burguesía, justicia, ejército, partidos, Parlamento, burla por el poder de las libertades públicas, aun no ha logrado corromper al pueblo portugués, á este buen pueblo en cuyos senos hay tan ricos tesoros de energía, de moral, de virtud, de cualidades preclaras y excelsas. Lo que hay es que el pueblo se debilita y pierde su fuerza y aun su virtud cada día que pasa, sin que llegue el remedio, sin que venga la República...

»El pueblo es capaz de resucitar. Hay en él, en el fondo de este pueblo, un peculio enorme de inteligencia y de resistencia, de sobriedad y de bondad, que es un tesoro precioso, oculto por los siglos de una mina cubierta. Es el pueblo que erigió los Jerónimos, que escribió *Os Luisiadas*. Desenterrémosle. ¡Quién sabe! Aun revivirá.

»Fuera el jefe del Estado un hombre á la altura de su función y de su destino, y la nación moribunda se levantaría como por encanto. Y poco se me importaba á mí la cuestión política, la forma de gobierno. Lo esencial es la forma del gobernante. Prefiero, es claro, una buena república á una buena monarquía. La corona del rey, de padres á

hijos, es transmisible como la corona de Venus. La herencia es un absurdo; ¡pero de cuántos absurdos no está lleno el mundo! Hay menos diferencia entre la majestad y la excelencia, que entre la excelencia y el tú. Mando yo más en mi criado que el rey en mí. Hay en cada burgués una monarquía. Millones de burgueses, millones de absurdos. ¿Los eliminaremos acaso en una hora?

»No se trata de modalidades orgánicas de existencia, trátase de existir. El problema social y el problema político marchan evolutivamente en la órbita ininterrumpida de su destino. Cuando un vapor desmantelado se va al fondo, ¿discuten los marineros construcciones navales? Lo primero es la salvación, lo primero es vivir. No se trata de escoger entre monarquía y república, pues para escoger entre dos cosas es necesario que existan, y la república no ha venido, pero la monarquía se fué.

»La seguridad de la patria exigía urgentemente al frente del gobierno un hombre de superior inteligencia, de altivo carácter, de ánimo heroico y resuelto. Un hombre que resolviera la cuestión económica y la política y la moral llamando al empeño su voluntad sobrehumana y el sacrificio de todos. Las patrias, como los individuos, se regeneran sufriendo. El dolor es de esencia salvadora. No hay virtud sin martirio, no hay Cristo sin cruz, no hay redención sin pasión. La vida se fortalece en la angustia. Cuando la desgracia parece matar una nación, es que tal nación estaba muerta. El cáustico que levanta al enfermo, descompone al cadáver.

»Resumiendo: desastres, miserias, vergüenzas, infortunios, calamidades, dominadas con energía y padecidas con nobleza, encenderían de nuevo el aliento en el corazón exánime de la patria. ¿El

rayo rasgó el árbol? Brotaría amputado con mayor violencia. El alma habita en la raíz.

»La metempsicosis en lo moderno del gran Condestable, ese es mi sueño. Un justiciero y un creyente. El Nunaivares de hoy no usaría cota ni escudo, mas á la postre sería idéntico. No combatiría castellanos, combatiría portugueses. El enemigo habita dentro de casa. Aljubarrota está en el Terreiro de Paco y en los Atoleiro de Paco y en los Atoleiros... Queremos un justo inexorable, un santo heroico, con la verdad en los labios y la espada en la mano. Y removidos los focos epidémicos, volvería en breve la salud general. La obra de reconstrucción sería lenta, pero marcharía sin estorbo. Humanizar la enseñanza, nacionalizar la industria, un clero portugués y cristiano, la justicia fuera de la política, el ejército fuera de San Benito, los burócratas para la burocracia, el profesorado para las escuelas, el poder legislativo entregado á las fuerzas independientes y vivas del país, colonizar á Africa... todo era posible, todo era sencillo, desde que nos diesen una fe, una creencia, vida luminosa, un alma.

»Eso es lo que nos falta: alma, un alma en lo más alto, al frente de los destinos del país; un alma que sienta nuestros dolores, que padezca con la patria, que lllore y rece con ella. Eso es lo que nos hace falta: un alma que entienda por patria, no la de los comerciantes y politicastos y funcionarios, sino la patria de Herculano, de Camilo, de Anthero, de Joao de Deus.

»Y al faltar el alma, el republicanismo no es aquí una fórmula de derecho público; es la fórmula extrema de la salvación pública. Republicano y patriota se han vuelto sinónimos. Hoy quien quiere decir patria, dice república. No una república doc-

trinaria, estúpidamente jacobina, sino una república amplia, franca, nacional, donde quepan todos. No una república de partido, sino de la nación. Presidente el mejor. ¿Es el mejor un miguelista? En hora buena. La revolución es, ante todo, selección de caracteres, como en la Naturaleza.

»Hacer, en fin, lo que no supo ó no quiso hacer la monarquía: identificarse con la patria. ¡La monarquía! ¿Se necesitará pasar revista á sus hechos de los últimos años? Recordad la fantasía regia de la *Torre de Outao*; recordad las exequias de don Luis, á las que no asistió su hijo; recordad que el *ultimatum* inglés no encontró un grito ni un gesto de protesta en los reales labios; recordad el convenio inglés celebrado con fiestas en Cintra, con un *Rally paper*; recordad la revolución de Oporto, aceptada primero y escamoteada después; recordad las disoluciones de Cortes por golpes de Estado; recordad el regreso de la expedición de Guinea, á recibir la cual asistió todo el mundo menos el jefe del Estado; recordad el viaje á París y á Inglaterra y á Alemania, de los que la nación no ha obtenido ningún fruto; recordad, por último, que la monarquía no sabe ni honrar siquiera á los hijos ilustres de Portugal, como sucedió en el entierro del ilustre entre los ilustres, Juan de Deus...

»En esta agudísima crisis nacional, la república es algo más que una simple forma de gobierno. Es el último esfuerzo, la última energía que una nación moribunda opone á la muerte. ¡Viva la república! es hoy sinónimo de ¡Viva Portugal!

»Y si la república llega á proclamarse, en lo que tengo fe y esperanza, durará, se instalará para siempre, porque Portugal está unificado, porque en Portugal no hay más que una sola volun-

tad. Aquí no existen ni miguelistas ni federalistas. Aquí no podemos tener miedo ni á don Carlos ni á los cantonales, como en España. Aquí el cerebro nacional es idéntico, no conviven, como en España, cabezas del siglo XIV con cabezas del siglo XXI. Además, en cada pueblo la cuestión de forma de gobierno es cuestión distinta. En España es el problema religioso, en Portugal es el problema de patria. El primero lo puede resolver una monarquía liberal; el segundo no.»

IV

Y el gran poeta, el Victor Hugo portugués, terminó la conversación conmigo, cantando aquellos versos de sublime encanto en su poema *Patria*:

*Como? chorando; derretendo en pranto
as maculas do crime; e o criminoso,
vestido de esplendor, ficará santo.
A Dor, a eterna Dor, eis o meu goso
o pao do meu banquete, cinza escura,
e o meu vinho jovial, fel amargoso.
E a Dor quem liberta a creatura
ou em miseria humana ande encarnada.*

En 1907

I

El día mismo que se marchó á Madrid vino á verme el gran poeta. A las siete de la mañana ya estaba en el hotel, y hasta las doce, en que el tren sale de Oporto, estuvimos juntos, él hablando sin parar, con aquel verbo elocuente y vibrante con que trata todas las cuestiones, y yo oyéndole con una devotísima atención, con un placer intenso, que sólo pueden comprender los que hayan tenido la dicha de escucharle. Dimos vueltas por Oporto, subiendo y bajando cuestas, sin darse cuenta el insigne artista por dónde íbamos ni yo tampoco. El mundo exterior no existía para nosotros, y cuando al cabo de un largo paseo nos encontramos en su casa, en la rua de la Alegría, la conversación continuó, una conversación que era un monólogo de hermosos pensamientos, de brillantes y deslumbradoras frases, que constituían la fiesta espléndida, única por su belleza y su grandiosidad, de uno de los mayores cerebros de la Península, y aun de Europa, en la época contemporánea.

Guerra Junqueiro, el autor de *La vejez del Padre Eterno* y de *La muerte de don Juan*, de *La oración á la luz* y de *La oración al pan*, no puede hablar sino en poema, en grande y su-

blime poema, en que los hombres y las cosas toman forma y representación de ideas, de principios, de fuerzas cósmicas. El que lo oye ve pasar ante su vista personajes símbolos, energías actoras de la gran lucha universal, y se halla transportado á nuevos mundos ideales en que el Bien, la Justicia, el Progreso, la Libertad, toman carne y substancia. Es un encanto, una delicia, seguirle por aquellos andurriales de un cielo novísimo, un cielo en que moran los dioses de todas las religiones, el lugar de bienaventuranza, que no es estático y pasivo, sino perpetuamente dinámico y transformador en un anhelo eterno de perfección.

Cristianizar al dios Pan y paganizar á Cristo: he ahí su admirable fórmula sintética, que desarrolla con una lógica avasalladora y convincente, y con una inspiración poética, en que todo canta y todo vibra al soplo de una inteligencia constructora. Vive Guerra Junqueiro en perdurable producción de ideas, de sistemas, de doctrinas, y por eso, cuando parece que ha descendido á la tierra para hablar de política, es que prosigue en las alturas de su cielo ideal, donde ha transportado reyes, gobernantes y pueblos, para someterlos á una palin-genesis renovadora, en que unos caen condenados á eternas penas expiatorias y otros se alzan para gozar de la gloria y del bien. Pretender encerrar en las fórmulas usuales de una interviú su magnífica poesía en prosa, es casi un imposible, y aunque yo lo voy á intentar, será sacrificando la radiante belleza de las concepciones del artista-profeta, que no tienen par, que recuerdan las hermosas estrofas de un Víctor Hugo en *La leyenda de los siglos...*

II

Habla él, y yo desaparezco, pidiendo perdón por no poder transcribir lo que me dijo en su primitiva rutilante forma:

«El republicanismo en Portugal es una religión, una nueva religión humana, sin dogmas ni milagros, que significa la fuerza redentora, no de este político ó de aquel gobernante, sino de todo un pueblo. Portugal sufre, llora, se angustia bajo el peso de un régimen inmoral, embrutecedor, que lo deprime y envilece, y que habiendo encontrado en un principio un país lleno de todas las virtudes, va depositando los gérmenes de todos los vicios. La prueba plena de la ingénita bondad de mi patria, es que no se ha podrido por completo, que la corrupción no alcanzó á penetrar en sus entrañas, salvándose del contagio del ejemplo, del espectáculo de orgía gubernamental á que estamos asistiendo desde tantos años.

»Hubo un tiempo, allá cuando en el primer tercio del siglo XIX nos regía don Miguel, en que se hundió en el fango de la dictadura la Constitución del reino. Durante algún tiempo no existieron leyes. El derecho era el antojo del monarca, la arbitrariedad de sus instrumentos viles. Y en presencia de esa situación, todas las cortes y cancillerías europeas se sobrecogieron con un movimiento de repugnancia, de asco. Los embajadores de todas las potencias de Europa, excepto el Nuncio y el repre-

sentante de España, pidieron sus pasaportes y abandonaron Lisboa para no hacerse solidarios y cómplices con su presencia de aquella situación inaudita. Ahora, si las presentes circunstancias duran mucho, se justificará igual actitud, por más que en los Estados europeos no exista, infelizmente, la misma susceptibilidad en la defensa del Derecho público constitucional, base de toda la civilización moderna.

»Pero no importa, y casi será mejor que Portugal se baste á sí mismo para redimirse y para regenerarse. No es el prejuicio de patriotismo, la exaltación entusiasta y admirativa de las cualidades de mi pueblo, lo que me hace esperar que él solo pueda hacer la revolución necesaria. Es que por algo Portugal, como España, llenaron un día la historia de la humanidad con sus grandes navegantes y sus grandes descubridores. Esa fuerza no se extinguió en absoluto, aunque aparezca amodorrada por culpa del catolicismo y del absolutismo. Todos los pueblos tienen un día, una hora, en que despiertan, en que se levantan y andan, en que se enteran de sus destinos y en que los cumplen.

»Portugal, como España, fueron enterrados vivos, y por espacio de muchos años, de siglos, permanecieron en un sueño letárgico, cataléptico. Se les creía muertos, muertos definitivamente, para el progreso, para la cultura, para las letras, para el arte, para el trabajo, para la libertad. Vivían, y no sólo vivían, sino que, por efecto de su largo y prolongado reposo, tenían energías de reconstitución poderosas, incalculables. La revolución es la que hará valer esas fuerzas, ahora en Portugal, mañana en España. Si á Portugal le corresponde el honor de adelantarse, es porque en Portugal no existen, afortunadamente, los gérmenes de disolu-

ción y de separatismo que en España. En vuestro país, la unidad, artificial, se hizo sobre la base del cielo, y el cielo es lo más antipatriótico que existe en el mundo. Los pueblos que ponen su esperanza en la otra vida, y no para ser mejores, más bravos, más inteligentes, más ideales, sino para gozar del nirvánico reposo del Paraíso, son pueblos perdidos, porque descuidan esta vida.

»En aquel período grande, magnífico, de nuestros descubrimientos y de nuestras aventuras en nuevos continentes, una inquietud ideal estremecía nuestro ser; pero también lo acongojaba el ansia de poseer mayores bienes terrenales. Ibamos en busca de las Indias, al apoderamiento de mundos ignorados, por una exuberancia vital, que no se satisfacía con el cielo como recompensa y con el presente de pobreza. Caminábamos espoleados por el deseo de encontrar á nuestra Dulcinea, la más hermosa mujer de la tierra, y á cada conquista la Dulcinea se engrandecía, se idealizaba, se revestía de más portentosas bellezas. Siempre poseyéndola y siempre pareciendo que malos encantadores nos la trocaban en sucia y grosera moza después de poseerla. Por todas partes extendimos el espíritu caballeresco del perpetuo desfacedor de agravios, por todas partes nos erigimos en defensores y defensores del honor, de la hidalguía, de la justicia.

»Eso es lo que se perdió y eso es lo que se recobra: el alma colectiva, la conciencia nacional, el sentimiento profundo de sentirnos unos y solidarizados por la gloria de las hazañas y de las aventuras. Se anuló, se obscureció el alma colectiva, la conciencia nacional, por culpa del pontificado y de la monarquía. Después de tener espíritu de hombres libres, de hombres emancipados, incluso de los dolores y de las fatigas de la Naturaleza, tuvimos es-

piritu de esclavos, que recibíamos azotes del Papa y azotes del rey como forzados de la religión y como galeotes de la monarquía. De dirigir la barca como capitanes pasamos á remar en ella bajo el cómitre real ó el cómitre pontificio, y en vez de jurar rezamos, y en vez de sublevarnos besamos las cadenas.

»Allá, en la batalla de Alcázar-Khebir, con la muerte de don Sebastián murió la monarquía. Después ha sido el rey éste y el otro, y todos una momia embalsamada, un cadáver moral, en cuyo nombre unos cuantos tiranuelos de baja estofa nos gobernaban. Ha llegado la hora de desenterrar al pueblo y de enterrar á la monarquía. Y eso ha de ser pronto, ha de ser en seguida, para que los miasmas pútridos de la descomposición del cadáver real no acaben de inficionarnos á todos y para que el nuevo Lázaro, que es el país, al echar á andar encuentre aire respirable...

III

»Portugal tiene ya nuevamente alma colectiva, conciencia nacional, sentimiento de patria. ¿Cómo? ¿Por qué prodigio de acción, por qué fenómeno de la vida social? Por obra del apostolado democrático y republicano, que ha hecho propaganda incesante, presentando la República, no como un nuevo régimen de administración y de política, que eso no sería bastante, sino como una nueva religión humana, hecha de libertad y de justicia. Los republicanos le han dicho al país, y se lo han demostrado, que Portugal no se podía desenvolver,

desarrollar, descubrir y utilizar la plenitud de sus energías sino por medio de la República.

»Para ser instruido, para destruir el analfabetismo, necesitaba tener República, siguiendo la fórmula ya histórica de Ferry: «No es antes hacer escuelas para tener República, sino que es antes establecer la República para tener escuelas.» Y lo que se dice de la instrucción y de la educación cabe repetirlo de la industria, de la agricultura, de todo el trabajo nacional. Sin la República, el impuesto continuará ahogándonos y esquilmándonos. Los consumos, por ejemplo, sólo los puede abolir la República. La monarquía los necesita, y la monarquía no los suprimirá porque es cara, porque necesita de grandes gastos para mantenerse, y de ahí que los saque del pueblo, que es el mayor número de los contribuyentes.

»Hecha esa demostración, la República pasó de ser una República de Platón, ideal, abstracta, en los limbos de los sueños futuros, á ser un gobierno posible, como en Suiza, como en Francia, como en los Estados Unidos. Y la causa republicana la abrazaron todos, proletarios, mercaderes, labradores, intelectuales, obreros, como una religión. Vieron que sin República no había patria, que sin República no había moral, que sin República las energías nacionales iban á perderse en el *gaspiillage* de la horrenda y monstruosa administración.

»En Portugal había republicanos casi desde la mitad del siglo XIX, pero eran republicanos de Platón, que aguardaban tranquilamente, mansamente, para un porvenir lejano, el advenimiento de sus ideales. Lo mismo podía tardar el triunfo una centuria que una docena de centurias. La evolución lenta de la monarquía constitucional y democrática la traería sin grandes sacudidas ni con-

vulsiones. ¡Qué gran error! La realeza ha ido retrocediendo, y hoy estamos peor, con menos libertad que cuando se promulgó la Carta otorgada en 1826.

»La monarquía en Portugal bajo los Braganzas dejó de ser una institución nacional para ser una familia, una familia privilegiada. Preguntadlo á todos los monárquicos, á todos los que sean hombres de bien, hombres imparciales, y ellos os dirán que sirvieron al rey, pero no sirvieron á la nación, y cada vez que estuvo en peligro la patria al mismo tiempo que la realeza, pensaron en salvar ésta aunque pereciese aquélla. En pago de su sacrificio recibieron el puntapié regio que les lanzaba fuera del poder, y en ocasiones fuera del honor.

»¡La monarquía en Portugal! Durante muchos años el representante de la suprema magistratura sólo tuvo por pensamiento enriquecerse y divertirse con lo que era de la nación. Su régimen se simboliza, representa y sintetiza en un solo nombre: *despojo*. *Despojo de derechos y despojo de libras*. El primero para asegurar el segundo. Y puede suceder que el rey, obligado por las circunstancias, restituya al país sus derechos; lo que no restituirá nunca serán las libras...

»Llegado á este punto de depresión moral el régimen, era necesario, era indispensable que los republicanos denunciasen esa inmoralidad, abriendo abismos profundos entre la monarquía y el país. Lo han hecho, y la campaña de nuestros cuatro diputados republicanos en el Parlamento merece alabanza y gratitud. Almeida, Braga, Costa y Meneses han puesto al descubierto la llaga, y lo han hecho con valor, incluso con rudeza, como correspondía que se hiciese para el tratamiento del mal que aquejaba al país.

»Con esa campaña, toda la fuerza moral que ha perdido la monarquía la ha ganado la República. Primero, porque ésta, como no ha gobernado, aparece inmaculada, limpia de mancha, inculpable de semejantes atentados á la Etica, al Tesoro público, al Parlamento, á la Constitución. Y segundo, porque no hay instituciones que puedan vivir sin partidos, y todos los partidos monárquicos son responsables de esa inmoralidad. Lo son los regeneradores, lo son los progresistas, lo son los disidentes. Todos pasaron por el gobierno, todos supieron lo que pasaba y lo consintieron, y si Franco lo confesó es porque le obligaba á ello el clamor del país y fué porque se hizo la ilusión de que bastaba declararlo para recibir la absolución de las faltas de la monarquía.

»El partido republicano tiene la fuerza moral. ¿Tiene también la *fuerza física* necesaria para contestar á la violencia con la violencia, á la dictadura con la revolución? Ese es el problema de hoy, un problema de puro hecho, y no de teorías ni doctrinas. La monarquía en Portugal está condenada. ¿Quién ejecuta la sentencia y cuándo la ejecuta? ¿La ejecutará el pueblo ó la ejecutará el ejército? El porvenir pertenece á Dios; pero yo siento, yo pienso, yo afirmo con todas las convicciones de mi alma esta verdad incontrovertible: dentro de dos años, ó no habrá Braganzas, ó no habrá Portugal.

»Al partido republicano le importa sobremanera y por todos los medios acumular, preparar, organizar esta fuerza física, porque si no lo hace corre el riesgo inmediato, inevitable, de perder también su fuerza moral. Y entonces hay que despedirse de toda esperanza de redención.

»Yo no quiero entrar en detalles de lo que en-

tiendo por fuerza física del partido republicano ni graduar lo que hace falta; lo que sí afirmo es que, conseguida, es una cuestión de dos horas, y casi sin efusión de sangre, el cambio de régimen; hasta tal punto está hecha la opinión, la conciencia del país. No tengo ningún género de inclinaciones á la revolución á la usanza clásica, á la usanza que ha extendido por Europa el nombre de *pronunciamiento* como el típico caso de la revolución á la española. No creo que sea muy útil convertirse, como un ilustre amigo mío, eminente político español, gloria de la tribuna y de la filosofía española, en algo así como un portero del ministerio de la Guerra, como el que abre el ministerio á todos los generales que coquetean con la República para ganar la cartera con la monarquía. Pero creyendo todo eso y pensando todo eso, estimo necesario el auxilio del ejército, al que le está encomendado el papel de prerrogativa soberana en los países en que no está bastante desarrollada la energía revolucionaria.

»Para todo ello es necesario despejar el horizonte internacional, asegurarnos, cuando menos, la neutralidad de Europa. Portugal es un país que, afortunadamente, tiene colonias. Portugal sin colonias no sería nada. Y cuenta que mucha gente aun considera erradamente, incurriendo en una lamentable equivocación, que la monarquía es necesaria para conservar las colonias. Esa gente olvida el *ultimátum* de Inglaterra en 1891, que motivó la revolución del 31 de Janeiro en Oporto. Esa gente olvida que la *familia privilegiada* ha pensado siempre en salvarse ella, pero no en salvar las colonias. Esa gente olvida ó no sabe que los republicanos somos también, y lo somos ardientemente, partidarios de la alianza con Inglaterra, y que esa alianza

sería mucho más sólida, cordial y provechosa con República...

»Conviene destruir, disipar todos esos errores, como conviene ante todo afirmar nuestra independencia y afirmarla ante Europa y ante España. *Trop de zèle* en los republicanos españoles para los republicanos portugueses nos sería funesto, mortal.

IV

»Yo no creo, ¡qué voy á creer! que las leyes sean las malas y los hombres sean los buenos, como se suele decir y pasa cual axioma incontrovertible. Las leyes son siempre mejores que los hombres, y la peor ley es infinitamente más sabia, más humana, más moral, que el más perfecto de los hombres. Por eso es un error tremendo suponer que la República traerá indefectiblemente el bien del país por efecto de sus leyes, de sus formas, de sus procedimientos. No; si no existiera, como existe, en Portugal un partido republicano honrado, inteligente, dispuesto al sacrificio, sería aventurado, por lo menos, pensar en la mudanza de instituciones.

»Lo que importa es forjar ciudadanos, y por haberlos forjado habrá ciudad ideal, ciudad de justicia. Lo que importa es que las personas no hagan naufragar los principios con sus inexperiencias, con sus divisiones, con sus codicias. Inexpertos, no, porque sabemos gobernarnos en la oposición y hemos creado un partido nacional en que está todo el mundo; divididos, no, porque el pueblo ha impuesto la unión y entre los republicanos es odiada

toda desidencia y todo desorden y toda indisciplina; codiciosos, no, porque nadie quiere mandar y sólo espera que mande el pueblo.

»El hombre es el que hay que reformar, no la ley. Toda cuestión de régimen es una cuestión de personas. Con personal gobernante idóneo, saturado de progreso, los ingleses son los amos del mundo y los japoneses han realizado una revolución sorprendente y asombrosa. La monarquía fracasa, no sólo por su incompatibilidad con la vida moderna, por su negación del derecho, por la absurda herencia, sino porque han fracasado sus reyes y sus ministros, porque aquéllos son degenerados, que ya no ganan batallas, y porque éstos son lacayos, que ya no dirigen ni ilustran á los reyes.

»Crear hombres para la República, esa ha sido la tarea en que todo no ha sido fruto de nuestro esfuerzo, porque han colaborado insensatamente el rey y sus favoritos. Al fin la política no puede escapar á la ley universal de todas las actividades humanas y cósmicas, y esa ley enseña que la Naturaleza es el mal, que la Naturaleza es el crimen eterno, desde la piedra al hombre; no obstante lo cual ese crimen, esa muerte constante, se resuelve en la vida en el bien absoluto, que es Dios.

»La verdadera concepción que nos explica el misterio de la vida universal es la concepción panteísta, y como un panteísmo político debemos concebir la República. Si cada mónada es Dios, cada ciudadano es poder, es gobierno, es fuente de derecho y de justicia. Cuando en una nación el individuo más obscuró, más humilde, más ignorante, es una parte de soberanía, y la soberanía total se compone de las voluntades libres de todos, en aquella nación hay progreso, hay libertad, hay civilización.

»La habrá en Portugal; existirá en Portugal República en plazo muy próximo, y si no morirá, quedando como una mera expresión geográfica. La patria es la República, y la República es la patria ¿Quién se resigna á que desaparezca, á que se extinga la patria?...»

Dos muertos ilustres

En el breve espacio de tres meses, y cuando nada indicaba que pudieran faltar, pues el uno se mantenía fuerte á pesar de sus años y el otro aun no era viejo, murieron dos personajes de la política portuguesa: Dias Ferreira é Hintze Ribeiro. Ambos habían sido presidentes del Consejo de ministros, y si ya no eran por su escepticismo profundo ninguna esperanza para la nación, tampoco la constituían para la monarquía.

Dias Ferreira estaba con un pie en la República, y si no llegó á decidirse á consumir la evolución, fué, más que por otra cosa, por el hábito contraído, por el *misonéismo*, que es inveterado en los políticos, y por ignorar su próximo triste fin. Murió en Noviembre último, y poco antes, en Agosto, solicitado por los ilustres republicanos Teófilo Braga, Manuel de Arriaga y Magalhaes Lima, subía á la cátedra de la Sociedad de *Asylos, Creches e Escolas* á fulminar terribles anatemas contra la dictadura y contra los acuerdos sancionándola del Supremo Tribunal de Justicia.

Hintze Ribeiro, jefe del partido regenerador ó conservador ortodoxo, se hallaba en una situación

de alma parecida á la de Silvela cuando este político español se declaró á sí mismo vencido y apartado para siempre del gobierno. Iguales causas determinaron análogos efectos en los dos hombres de Estado de Portugal y de España. Silvela se retiró de una manera irrevocable de la vida pública á consecuencia de una crisis antiparlamentaria, á la que se la calificó de *crisis oriental*, en el doble aspecto de su origen palaciego y de su carácter casi otomano. Hintze Ribeiro, arrojado del poder sin motivo suficiente y por no quererle otorgar una dictadura que se le concede pródigamente á su sucesor, era ya incompatible con la persona del jefe del Estado. De no sucumbir de un modo súbito, inopinado, lamentable, el 1.º de Agosto de 1907, en el cementerio de Lisboa, hubiera seguido ciertamente la conducta de Silvela, yéndose á su casa de un modo definitivo. Todo menos ser colaborador con su silencio ó su mansedumbre de una política desastrada y funesta.

Y como tuve el honor de hablar con esos dos hombres en Julio de 1907 y recoger sus declaraciones postreras, no será inoportuno reproducirlas aquí, aunque hayan muerto, aunque ni ellos ni las fuerzas que representan sean ya nunca más factores de la política lusitana. Lo que eran y significaban se completará trazando algunos rápidos apuntes de su obra como gobernantes y de sus pensamientos en 1904 y en 1907.

Dias Ferreira

I

En Portugal todo el mundo lo recuerda y en España lo saben muchos también. A fines de 1891 sacudía al pueblo lusitano, que había pasado algún tiempo antes por las terribles pruebas del ultimátum de Inglaterra, de la intervención en el gobierno de sus colonias, un poderoso movimiento popular revolucionario. El sufragio público pedía, con voces que semejaban amenazas, un cambio de política, un cambio profundo, radical, en las cosas y no en los nombres de las personas. El rey oyó el temblor de tierra, acudió al peligro, y llamó á sus consejos á lo mejor de lo mejor entre los monárquicos avanzados, liberales, capaces de salvar al país y á la corona.

En los comienzos de Enero de 1892 se constituyó un gobierno que se llamó de *salvación pública*, de *defensa nacional*, y que era verdaderamente de altura; gabinete de notables, á semejanza del de Gambetta en 1881, del de Sagasta en 1885 ó de los gobiernos de Gladstone y de Cavour en sus buenos tiempos. Ha sido uno de los mejores, por no decir el mejor, que tuvo Portugal en casi todo el siglo XIX. Si fuera lícito comparar instituciones con instituciones y pueblos con pueblos, me atrevería á sostener que era una situación análoga á la de

Waldeck-Rousseau en 1899, porque así como el gobernante francés pidió su auxilio á los socialistas, el gobernante lusitano pidió su auxilio á Oliveira Martins, que era un socialista de Estado.

Se formó un gabinete, cuya base, cuya denominación común, era Dias Ferreira-Oliveira Martins. Allí estaban, en la presidencia del Consejo y ministerio del Reino (Gobernación), don José Dias Ferreira; en Hacienda, Oliveira Martins; en la Justicia y Cultos, primero el obispo de Bethsaida y luego Telles Vasconcellos; en Guerra, el general Pinheiro Furtado; en Marina, el brillante oficial, presidente después de la Sociedad Geográfica, Ferreira do Amaral; en Obras Públicas, un meritisimo orador, el vizconde de Chanceleros; en Negocios Extranjeros, primero Costa Lobo y más tarde, cuando la visita á España, el ilustre y liberal obispo de Bethsaida. No fué el menor atractivo de aquel viaje ver á un ministro con mitra.

Todo el mundo lo sabe: Oliveira Martins fué una de las personalidades de más alto relieve del Portugal contemporáneo. Además de su gran prestigio político, era un historiador, un sociólogo, un filósofo de primer orden. De él ha dicho Guerra Junqueiro todo cuanto se debía decir de tan poderoso cerebro, cuya fama aumenta y crece á medida que transcurre el tiempo y se admira su magna obra. «Oliveira Martins — ha dicho Guerra Junqueiro — tenía *ideas*, y los demás sólo *emociones* ó *conocimientos*.»

Oliveira Martins era un socialista de Estado, y desde el ministerio de Hacienda quiso y no pudo aplicar sus doctrinas. Tropezaba con la grave dificultad de ser enteramente contrarias sus teorías y su visión del poder á las teorías y concepto del gobierno del presidente del Consejo, Dias Ferreira.

Para éste, individualista de la vieja escuela, todo lo que representaba su colega era de un peligro inmenso, que repudiaba su conciencia. El *Estado-gendarme* frente al *Estado-Providencia*, encarnado aquél en Dias Ferreira y éste en Oliveira Martins, eran dos conceptos políticos irreductibles. Y de ahí la antinomia que se estableció desde el primer momento en aquel famoso gabinete.

Siempre que se han querido cohonestar los actos dictatoriales en el modo de gobernar á Portugal, se ha invocado el nombre insigne, la figura relevante del malogrado Oliveira Martins. Aquel grande hombre era un dictador, dicen los que pretenden vivir sin Parlamento y sin Constitución; luego también lo podemos ser nosotros. No hay más diferencia sino en la calidad de las dictaduras y en que Oliveira, que era un estadista de primera magnitud, no aspiró nunca á regir á su pueblo por los caminos tortuosos de lo arbitrario y de lo despótico á espaldas de las Cortes. Se podría afirmar, entrando en comparaciones, que Oliveira Martins era un gigante del pensamiento y los otros su comparsa de enanos.

Pero, en fin, el hecho es, sea cualquiera la idea que se forme de la doctrina dictatorial formulada por Oliveira Martins, que éste, á pesar de sus talentos, de su genio, no pudo realizar ninguna de sus empresas y cayó antes que Dias Ferreira, antes de disolverse el ministerio de notables. Si Portugal no pudo tolerar á un Oliveira que fuese dictador, ¿no es esta una prueba concluyente, elocuentísima, de que repele el sistema?

Oliveira Martins se marchó, salió voluntariamente del gabinete, y ya sin este apoyo de considerable valor, les fué más fácil á sus combatientes dar en tierra con Dias Ferreira. Y no se olvide

que éste realizó obras importantes, tales como el arreglo de la Deuda exterior, en cuya ocasión se las mantuvo tías con Alemania, hasta el punto de estar á dos pasos del rompimiento diplomático, con todas sus consecuencias. Pero salvó al país de la bancarrota y de la vergüenza, y fué realmente, no sólo un patriota, sino un estadista.

Al caer el gran ministerio en 1893, como que Dias Ferreira estaba herido de muerte desde la salida de Oliveira Martins, dimisión motivada en ese conflicto de la Deuda, se formó un gabinete presidido por Hintze Ribeiro, y en el que entraban Bernardino Machado, Fuschini y Franco, que recogían el fruto de su campaña dentro y fuera del Parlamento contra la política interior del gabinete, que á la idea de economías sacrificaba la instrucción pública y los propios principios liberales, aumentando excesivamente los impuestos.

A partir de aquella fecha, Dias Ferreira estuvo siempre retraído, separado, no de la política activa, pero sí del gobierno. Era un eminente jurista, consulto, una gloria del Foro. Catedrático de Derecho en la Universidad de Lisboa, comentarista del Código civil portugués, con sus lecciones y enseñanzas podía llenar una biblioteca. Separado del gobierno, ocupaba en la abogacía lisbonense una posición de primer orden, y á pesar de tener setenta y tantos años, trabajaba desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche y no podía dar abasto á tantos negocios, consultas é informes como le agobiaban.

Fué ministro por primera vez en 1870 por un movimiento popular revolucionario. Entonces constituyó gabinete con el gran liberal, con el Espartero portugués, duque de Saldanha, y conquistó para siempre la fama de que gozaba. Hizo la revo-

lución jurídica desde el poder casi en el mismo momento en que se hacía en España, y estuvo en relaciones íntimas con el general Prim, del que hablaba con admiración.

No formaba en ningún partido, no dirigía ni se dejaba dirigir. Desde su caída de la presidencia del Consejo, vivía en completa independencia, siempre radical, más radical que nunca, pero siendo jefe de sí mismo. Iba asiduamente al Parlamento, pero sólo tomaba parte en las discusiones cuando se atropellaban las libertades públicas, cuando se trataba de algún asunto vital para los derechos del hombre y para su patria. Así, él fué quien defendió calurosamente á Salmerón, en aquel instante de ceguedad, de triste recuerdo—por algo era ministro del reino Juan Franco—en que Salmerón fué expulsado de Portugal.

Tan adversa le era la atmósfera de Palacio, que se cuenta como un hecho singular y significativo que al visitar el rey de Inglaterra al rey de Portugal y dar éste un gran banquete oficial, al que asistían las primeras personalidades del reino, á don Carlos se le olvidó invitar á Dias Ferreira, olvido que subsanó Eduardo VII, convidando á Dias Ferreira al banquete de despedida. Eduardo VII honraba á un ciudadano ilustre que había sido jefe de gobierno de la nación cuyo huésped era. Don Carlos prescindía de ese detalle.

II

Preguntándole yo, en 1904, qué opinaba sobre el problema político en su país, me habló del problema político en toda la península ibérica:

«La política en Portugal y en España ha perdido sus condiciones de sanidad. Yo se lo he dicho no ha mucho al jefe de mi Estado, y no tengo inconveniente en repetirlo. Está en tal desmayo la rigidez moral de otros tiempos, que ahora mismo entran por esa puerta dos hombres descalificados y dos hombres de bien, y á los cuatro les damos la mano sin distinguir de conceptos, de conducta y de honestidad. Y cuando delante de personas augustas hice esa observación verdadera, la apoyé recordando que un rey como don Pedro V se negó á recibir en su corte á uno de los nobles de más alta alcurnia portuguesa. La historia habla á ese respecto de cierto duque de Abrantes...

»Pero ¿por qué ha perdido la política sus condiciones de sanidad? Porque casi nadie es lo que se llama. Regeneradores, progresistas, republicanos, son rótulos, son motes que no revelan cosas distintas ni suelen denunciar contenido alguno. Cada cual toma su puesto en los partidos, sin hacer antes examen de conciencia, y el pueblo ríe y se encoge de hombros. Cuando alguien invoca sus principios, sus ideales de progreso y de libertad, se mofan de él ó le tienen por loco. En son de zumba se oye decir: «Los inmortales principios de la revolución.» Y no existe partido alguno capaz de levantar una protesta como aquella de 1846, contra el odiado Narváez portugués, Costa Cabral. Así perduran los Narváez, que, por añadidura, mandan y truenan con menor riesgo y exposición.

»A la apatía del pueblo corresponde la apatía del poder público, incluso en sus más supremas representaciones. Por eso no es difícil ver en estos tiempos la perfecta imagen del monarca constitucional. Es el que encarna el alma nacional. El país quiere que le dejen tranquilo, y le dejan, efectiva-

mente. No se gobierna, el Estado se divierte, y sin hacer mal á nadie en particular, siendo muy popular, siendo incapaz de producir daño á sabiendas, *le roi s'amuse*.

»¡Remedio! ¿Y quién lo ve y quién es capaz de encontrarlo? ¿Lo ven ustedes en alguna parte en su España? ¿Es que hay remedio cuando un pueblo sufre resignado, con filosofía, la pérdida de sus colonias? Se me dirá que cien veces se hallaron estos dos pueblos peninsulares en igual situación, y cien veces salieron triunfantes de tan mortal atolladero. Es cierto, y no lo niego. Portugal estaba rendido, exánime, poco antes de proclamar su independencia, y aquí entraban los castellanos, siendo recibidos con palmas por nobles y prelados. Y no obstante, el país se alzó. ¿Será capaz de alzarse ahora?

»Conviene dejar en interrogante esa cuestión del mañana, porque yo no me inclino nunca al pesimismo; pero los motivos no son, ni en Portugal ni en España, para hacerse grandes ilusiones. Falta allá y aquí, aquí más que allá, el eje de todo gobierno constitucional: la opinión. Tan sumiso y devoto soy de los principios constitucionales, que si mañana—la hipótesis es imposible—resurgieran los *miguelistas*, y por un movimiento de opinión se impusieran, yo no les serviría, yo jamás estaría con ellos; pero ácataría la voluntad pública de mi nación. Había de ser, es claro, un movimiento como el de 1828, en que Portugal, en su inmensa mayoría, quiso disfrutar de un tirano en la persona de don Miguel.

»Al resignarse, pierde el pueblo, con su voluntad y su fe, hasta su honor. Es increíble que no hubiera en Portugal un alzamiento unánime contra los atropellos electorales últimos. En España, al menos, el voto se respeta, y hay más de treinta di-

putados republicanos, elegidos por la libre voluntad y soberanía del pueblo.

»No se nos diga que una causa de depresión de la voluntad nacional, de nuestra independencia, es el género de alianza que mantenemos con los ingleses. Bien miradas las cosas, en Portugal es popular y querida la alianza con Inglaterra, por una razón muy sencilla. Inglaterra nunca entró en tierra lusitana pegando, con las armas en la mano, como entraron diferentes veces España y Francia. Todo lo contrario: la Gran Bretaña se presentó siempre como amiga, salvando nuestra libertad y nuestra personalidad nacional. ¿Que se cobra las costas de esa protección no desinteresada? ¿Y quién, en Europa, siendo fuerte, protege al débil de balde, por amor de Dios? ¿Estamos seguros de que las otras naciones harían cosa distinta?

»¡Remedio! ¡Remedio! Yo no puedo considerar, á solas con mi conciencia, que la solución á tantos males sea la República. Si por un instante la viera como medicina, no vacilaría un momento en profesar públicamente el ideal republicano, reproduciendo la historia eterna de todos los países donde fueron los monárquicos los que hicieron *arraigar* la República. Pero yo, republicano, no haría otra cosa que aumentar el número de los jefes de un partido tan dividido. Causa de perturbación, sí; remedio, no. Y sobre no serlo, me tacharían de ambicioso, de interesado. Preguntarían todos los republicanos, con recelo y ostensible enemiga: ¿Qué viene á hacer en este nuestro campo un arrepentido de la monarquía?

»Además, y por encima de todo, la gran maestra, que es la Historia, me enseña que la libertad no la trae el cambio de instituciones, de forma de gobierno de un país. Antes es preciso que el país

sea liberal, que el acto de fuerza lo realice un ejército liberal. ¿Hay algo en Portugal y en España que anuncie el *liberalismo* verdadero del pueblo, ó en su defecto del ejército?»

Dias Ferreira se ha levantado y ha abierto una ventana que da al Tajo, que nos muestra un panorama deslumbrante de luz. Y como si el hecho de entrar el aire de fuera le suscitase ideas de fuera, cambia de tema, de asunto, de conversación. Su tema de ahora es la guerra rusojaponesa, y hace votos ardientes por que triunfe, como es su esperanza y su convencimiento, el Imperio del Sol Naciente.

«Triunfará el Japón, y ese será un bien, principalmente para Rusia, para Rusia que, con su derrota—hay ya signos mortales que lo anuncian—, hará su revolución salvadora, benéfica, dando al traste con poderes caducos, afrentosos para un pueblo viril, noble, civilizado, de gran historia... El *peligro amarillo* constituirá causa de salud y no de enfermedad para Rusia, y con Rusia para la especie humana. ¿Hablábamos de remedios, de medicinas? Las sociedades civilizadas experimentan el contagio de la decadencia universal, pero también son sensibles al *ejemplo* del progreso, del esfuerzo en pro de un aumento de civilización. Al fin, los grandes adelantos humanos han tenido por origen y estímulo el afán de imitación...»

III

—¿Y ahora que están unidos los republicanos? —fué mi primera pregunta al verle, en Julio de 1907, como reanudando una conversación interrumpida.

—Ahora—me dijo Dias Ferreira—continúo creyendo lo que creía y pensando lo que pensaba, con la única diferencia de reconocer que existe, en efecto, un movimiento profundo de progreso democrático en Portugal, como reacción contra los que lo deprimen y lo rebajan. No trate usted de inquirir mi estado de conciencia; perdí hace años la confianza en lo que existe, y no sé bien si la tengo en lo que ha de venir. Pero mi fórmula, si en esto caben fórmulas, es de una gran claridad y sencillez: *yo he de cumplir todo mi deber, y lo he de cumplir hasta el fin*, si es que mi patria me necesita.

»No he de limitarme á hablar en el Parlamento, y aunque mi género de oratoria y mis aficiones no son propicias á entrar en la arena de la plaza pública, á ir á los mitins, yo podría, sí, dar conferencias, en las que, exponiendo mis ideas, aclarando puntos oscuros ó ignorados de la historia de los últimos años, dijera algo que importa saber al país. ¿Cuándo? ¿Cómo? No podría afirmarlo, porque temo que mis palabras se las lleve el viento ó no ser comprendido.

»Valga por lo que valiere, ahí va mi afirmación: yo quiero hablar donde me entienda la gente, y yo sé que en Portugal el único público preparado para oír es el partido republicano, porque en el partido republicano están *los elementos más intelectuales de mi patria*... Yo quiero hablar en un centro como la Academia de Estudios libres, de Lisboa, á la que asisten hombres sabios y jóvenes que ansían nutrirse de cultura, todos animados por el soplo vivificador de la democracia. Porque es una señal de los tiempos, señal consoladora en medio de tantas tristezas, que los representantes más preclaros de la ciencia sean precisamente los espíritus de ideas más avanzadas.

»En Portugal hay cosas que están maduras y cosas que están podridas, cosas que dan la sensación de una esperanza y cosas que se hunden en el descrédito. Recuerdo á este propósito una anécdota que acabará de explicar mi pensamiento. Allá cuando florecían en el país almas de *élite*, como Castillo, Garret, Herculano, el primero, que era un gran poeta y también un gran pedagogo, quiso dar una conferencia en la Universidad de Coimbra exponiendo su «método repentino de lectura». A ese fin pidió permiso para hablar en la histórica sala de los Capellos, de Coimbra, y el permiso le fué negado con la fórmula de que el claustro se decidía por la negativa «después de un maduro examen». Castillo, que no se mordía la lengua, replicó que le extrañaba semejante excusa, porque era evidente que no estaban *maduros*, sino *podridos*, los que así rechazaban la propaganda de las nuevas ideas de reforma, de progreso.

»Y lo que me hace desconfiar de lo presente y de lo futuro es ese estado de alma de algunas gentes de Portugal, precisamente las gentes que pretenden influir en el gobierno y dirigirle conforme á sus ideas ó á sus intereses. Podridos, que no maduros, están los que, juzgando de los últimos sucesos, y singularmente de los sucesos del 18 de Junio, dicen que es preciso pegar de firme, reprimir con crueldad, si hace falta, porque *el pueblo levanta mucho la cabeza*. Pero ¿qué es eso sino el renacimiento de una conciencia y de una voluntad? ¿Qué otra cosa debía hacer un gobernante sino aprovechar en beneficio de la patria las fuerzas que levantan la cabeza?»

Y Dias Ferreira calló, dejando en mi ánimo la impresión final, no por lo que dice, sino por lo que omite ó no autoriza á que se declare, que es un

hombre que ha podido ser una reserva importantísima de la monarquía en casos de grave apuro y que ya no lo es, y no por culpa de él.

Hintze Ribeiro

I

La ingratitud no es sólo patrimonio de los Borbones, lo es también de los Braganzas. Creíamos nosotros haber aventajado al mundo entero disfrutando de la aviesa conducta de un Fernando VII ó de una Isabel II, y descubrimos en ejemplos recientes de la monarquía portuguesa que aun cabe superar á nuestros reyes de infausta recordación. La historia de las relaciones de don Carlos y de Hintze Ribeiro, lo prueba plenamente.

En lugar preferente, sobre un mueble artístico de la casa modesta y sencilla—porque Hintze Ribeiro era pobre—, veíase el retrato del rey don Carlos, sin uniforme alguno, vestido de particular. Y al pie del retrato había una dedicatoria de puño y letra del monarca que decía así:

A E. R. Hintze Ribeiro, meu presidente do Conselho, como lembrança da nossa viagem as ilhas adyacentes, como prova verdadeira amizade.

EL REI CARLOS

11 de Julio de 1901.

Y después de haberle servido tantos años y fielmente, como demuestra esa dedicatoria real, don Carlos de Braganza destituyó de la presidencia del Consejo de ministros á Hintze Ribeiro, lo puso en la calle, como se puede poner á una criada sorprendida en flagrante delito de sisa. Hintze Ribeiro, á pesar de su monarquismo y de su discreción, no ocultaba la amargura que le produjo la conducta del rey. Y después se verá confirmado en mi interviú de 1907.

II

Hintze Ribeiro tenía al morir unos cincuenta y ocho años. Era alto, delgado, fuerte, y no se le conocía que le estuviera amagando tan grave enfermedad como la angina del pecho. Alguna señal de ligera fatiga de vez en cuando se le notaba; pero tenía la cabeza firme, despejada, y era un hombre muy culto é ilustrado.

Hintze Ribeiro fué diputado, por primera vez, en 1879, y ministro de Obras públicas en 1881. Después desempeñó las carteras de Hacienda y de Estado y llegó á la Presidencia del Consejo en 1893. De 1893 á 1897 fué presidente del Consejo, teniendo como ministro *do Reino* ó de Gobernación á Juan Franco, el actual jefe de la disidencia regeneradora liberal.

Hay que advertir que el señor Hintze Ribeiro llegó á la Presidencia del Consejo y la tuvo durante cuatro años, viviendo el caudillo, el jefe de los regeneradores portugueses, señor Serpa Pimentel.

Más tarde volvió al poder, gobernando de 1900

á fines de 1904, en que le sucedió Luciano de Castro. En ese período tuvo tres Cortes, las de 1900 á 1901, que disolvió á consecuencia de la disidencia de Juan Franco; las de 1901 á 1904, que vivieron su vida natural, y las que estaban convocadas para el 29 de Septiembre de 1904 y que no llegaron á funcionar.

La tercera época de su mando fué la más precaria y desgraciada, porque habiendo entrado á gobernar en Marzo de 1906, fué poder únicamente cincuenta y ocho días, hasta mediados de Mayo.

Hintze Ribeiro, ya lo he dicho, era pobre. Cuando dejaba el gobierno volvía modestamente á su empleo de subgobernador del Banco Hipotecario, á tener por todo ingreso tres contos de reis anuales, con los que vivían su mujer y él, pues carecía de hijos. Y sus mismos enemigos repetían, hablando del ex presidente, la frase vulgar de que no tiene *cinco reis*.

Es curiosa la historia de sus desavenencias con Juan Franco. Me la contó el propio Hintze Ribeiro:

«Al recibir la honrosa confianza del rey en 1900 para formar gobierno, quise contar con mis amigos, los hoy disidentes, y ofrecí puestos en el ministerio á Franco, á Mello Souza, á Monteiro... Son incuestionablemente hombres de valer, y pretendí, por bien del partido y del país, asociarles á la obra de gobierno. Se negaron terminantemente á aceptar; ninguno de los tres se dignó prestarme su concurso. ¿Es que se tramaba ya la disidencia? No lo sé; pero el hecho es importante, tiene su significación. Sería injusto atribuirme la ruptura, conocidos tales antecedentes.

»Pero la negativa de mis amigos no era razón bastante para que dejara de gobernar. Constituí ministerio, goberné, hice las primeras elecciones

de este mando de más de cuatro años, y al discutirse uno de los primeros proyectos de la ley que presenté al Parlamento, sin razón suficiente, estalló la disidencia. Entonces creí que era de mi deber apelar al país. La mayoría estaba cercenada, aunque no quebrantada, porque los que me siguieron prestando apoyo eran más leales y fieles que nunca. Con todo, era necesario que el país me retirara ó me ratificara su confianza. El gobierno tuvo una señalada victoria, y el señor Franco, jefe de los disidentes, no logró, bien á mi pesar, el acta de diputado por Coimbra, en el lugar de las minorías. Fué derrotado el señor Franco, y en estas elecciones últimas de 1904 ni siquiera se presentó. El único regenerador liberal que había y hay en la Cámara, es el señor Mello Souza. La voluntad de la nación quedaba bien manifiesta, porque eligió progresistas é independientes, pero no regeneradores liberales.»

Hintze Ribeiro tenía un gran mérito: no era clerical. Y lo prueban sus actos y sus palabras:

«La cuestión religiosa existía en Portugal, si no con los caracteres que reviste en España, con el suficiente poder y alarma en la opinión para que el gobierno se preocupase de ella. Y este gobierno, que es conservador (regenerador), pero no reaccionario ni clerical, acudió al instante á resolverla, á salvar por todos los medios las prerrogativas inalienables de la corona, del Estado.

»En Abril de 1901, yo, personalmente, sin aguardar á lo que hiciesen las Cortes, sin demorar un punto mis obligaciones de gobernante monárquico y de patriota y de hombre de este siglo, promulgué un decreto poniendo en vigor las leyes del 34, que no permiten la existencia de frailes en Portugal. Procedí, como medida de advertencia saludable, á

la disolución de algunos conventos, y luego ordené que todas las comunidades quedasen extinguidas con sólo el hecho de no someterse en un plazo breve á las condiciones normales del derecho común.

»El decreto llevaba un preámbulo recordando la historia de la cuestión, el estado jurídico de la misma y la imposibilidad de dejar de cumplir las leyes del 34, que jamás fueron derogadas. Es decir, que, según los términos precisos del decreto, no se permiten, no se consienten frailes en Portugal, y mucho menos que persona alguna, siquiera sea á título religioso, enajene su libertad y su razón haciendo votos perpetuos. En Portugal no hay votos perpetuos, no puede haberlos, porque todos los ciudadanos son personas libres, y no esclavos ó cadáveres.

»En el decreto se añadía que aun sometiéndose á las leyes civiles, el Estado no podía tolerar más que aquellas congregaciones dedicadas á fines benéficos, de caridad, de misericordia, que sirviesen á los grandes intereses sociales y humanos. Quedaban excluidas las órdenes religiosas que tienen por función el éxtasis, la vida puramente contemplativa, porque eso pugna con la vida moderna, con la civilización entera de esta nuestra edad. En una palabra, se puede consentir—siempre sin votos perpetuos—una comunidad de hermanas de la Caridad, un hospital ó un asilo, servido, bajo la inspección del Estado, por monjas. Se puede consentir que los religiosos preparen á la enseñanza, pero jamás que dirijan la enseñanza, que monopolicen la enseñanza. El Estado, ante todo y sobre todo, dispuesto á no tolerar nunca, nunca, que haya un solo ciudadano portugués que dependa de otro poder, de un poder extraño, con su sede y asiento en el extranjero. Y esa prescripción era

terminante, absoluta, en el decreto de este gobierno regenerador, pero no reaccionario ni clerical.

»A partir del decreto de Abril de 1901, en Portugal no hay frailes; desaparecieron los pocos que había, y usted no verá por las calles un solo sayal, un solo hábito monástico. Quedaron suprimidos porque el Estado quiso que las leyes se cumplieran, las leyes del 34, jamás derogadas. Y se conjuró como por encanto la legítima agitación anticlerical, y el rey fué aclamado, y jamás el monarca estuvo en tan íntima comunión con la voluntad soberana de su pueblo.

»Eso lo reivindica el gobierno como una página de gloria, y con eso responde á los que le acusan de poco liberal. Como una página de gloria, porque en aquella ocasión solemne, republicanos y monárquicos, el país en masa, se levantaron á vitorear á su rey, que así sabía interpretar la soberanía de la corona, á ningún poder de la tierra sometida.»

Y cuando yo me atreví á preguntarle si habían tropezado con dificultades provenientes de Roma, el señor Hintze Ribeiro se sonrió y se encogió de hombros, con el gesto del que está seguro de gobernar con completa libertad é independencia, sin depender de potestades ajenas.

III

Y paso á 1907, al día en que le vi en el Banco Hipotecario una semana ó dos antes de su muerte.

Me recibió con gran cordialidad, recordando nuestra entrevista de hace tres años y notificándome como por vía de cuestión previa que no estaba dispuesto á hablar de política y que su deber como

amante de las instituciones, como fiel guardador de toda clase de respetos á los poderes del Estado, era observar un silencio absoluto. Y como para ratificarse en su propósito, llevó la conversación de propio intento á España, á encomiar la vida animadísima de Madrid, la belleza de San Sebastián, que él admira; su deseo ardiente de conocer Barcelona, su pesar de no dilatar más sus viajes rápidos por España. Como si todo eso no fuera bastante, agotado el tema de su entusiasmo por las ciudades españolas, me habló de Maura, de Salmerón, de Canalejas, de Azcárate, haciéndome infinidad de preguntas respecto de los principales hombres de la política española.

Cada vez que yo intentaba llevar el hilo de la conversación al estado de Portugal, volvía á derivarla hacia las cosas y personas de España. No le conmovió siquiera el que interrumpiéndole le manifestase que era muy significativo y hasta propenso á interpretaciones graves aquella su reserva tocante á la crisis de la nación portuguesa.

—Se podrá creer—le dije—que existiendo un conflicto entre la monarquía y el país, usted calla porque no tiene nada que decir en defensa y favor de la monarquía.

Se sonrió, se encogió ligeramente de hombros, y me contestó reposadamente:

—Soy profundamente monárquico, y por serlo he protestado contra la dictadura en unión de todos los partidos de Portugal. Añadir una sola palabra á esa protesta sería perjudicar á mi patria. Además, usted oirá al presidente del Consejo, y á él le corresponde defender los poderes del Estado, puesto que él los guía y asume totalmente su representación.

Aun añadió alguna respuesta breve, sobria,

terminante, á algunas de mis interrogaciones, explicando los hechos de su último gobierno.

—Entré en la Cámara de Diputados en 1879, y fui por primera vez ministro en 1881. Son ya algunos años de política, años que me pesan mucho, y no declararíá nada nuevo si le dijese que ha pasado la política de mi país por pruebas duras. De ésta saldrá con vida y salud como en otras ocasiones. Yo siempre observé rigurosamente los principios constitucionales, y espero seguir observándolos.

»Al entrar en el gobierno en Marzo de 1906, y entrar con el apoyo de la opinión por el fracaso del partido progresista, me encontré con que estaba fijada la fecha para las elecciones generales. José Luciano de Castro había disuelto las Cortes marcando el día de su renovación. Y yo no lo aplacé, no lo cambié, hice las elecciones en el plazo señalado por mi antecesor. Creo que eso es una demostración de que no entré nunca en los caminos de la dictadura.

»Verificadas las elecciones con toda normalidad, todos los partidos tuvieron representación en las Cámaras, incluso el partido republicano, que eligió por la ciudad de Lisboa á mi antiguo colega y siempre amigo, el ilustre Bernardino Machado. Después vinieron los sucesos de Mayo, que fueron de una gran violencia, y en presencia de ellos no disolví las Cámaras; pedí únicamente al rey el aplazamiento de su reunión. El rey se negó, y yo abandoné el gobierno. El aplazamiento no era la dictadura.

»Estaba todavía pendiente la cuestión de los tabacos á mi entrada en el gobierno, y á pesar del tiempo breve, agitado y tempestuoso en que fui presidente, la resolví. Por la solución de mi gobierno, el Tesoro público se beneficiaba con dos